



Leopoldo Alas (Clarín)

Siglo pasado

Índice

Prólogo

Romano

La contribución

Tragicomedia en cuatro escenas

Renan

No engendres el dolor

Del Quijote

Notas sueltas

Jorge

Diálogo, pero no platónico

La leyenda de oro

Un nuevo capítulo de la vida de San Francisco de Asís,
por Pablo Sabatier (en francés)

El arte de leer

Cartas a Hamlet

Revista de ideas

El teatro en barbecho

Roma y Rama

Prólogo

Lo debía haber escrito el autor del libro: así lo había convenido con el editor. Se le hubieran remitido a Oviedo las pruebas, y con las últimas, corregidas, hubiera mandado unas cuartillas explicando la razón del título y haciendo algunas consideraciones acerca de los trabajos insertos en el volumen. Y esas cuartillas hubieran sido el prólogo, según tenía pensado el autor. Así lo decía, en carta que tenemos a la vista, pocos días antes de enviar -6- a este Centro el original: «Ya tengo título para el libro -Siglo pasado-, por ser cosa de otro tiempo, el otro siglo. Esto me dará tema para el prólogo».

La muerte, indiferente siempre a los planes de los hombres, truncó este, como otros propósitos del maestro, y el prólogo pensado no fue escrito. Bueno hubiera sido, en efecto, explicar el sentido general de este libro; pero no habiéndolo hecho Clarín, no hay que poner mano en ello; sería una profanación: a lo menos a nosotros nos lo parecería.

Vayan en su lugar estas líneas, como testimonio sincero de admiración y respeto a la memoria de Leopoldo Alas.

Sean la expresión del sentimiento amargo producido por su muerte, sean la manifestación de nuestro pesar, de nuestro duelo, de nuestra gratitud.

-7-

Gratitud, sí; por lo mucho que nos complacimos en sus obras, por lo mucho que en ellas aprendimos.

¡Qué dolor ver desaparecer a hombres como este, cuando están en la plenitud de sus energías intelectuales, cuando guardan, tal vez, sin cristalizar, en los misterios del pensamiento, que ha de remover la inspiración, ideas y propósitos que pudieron ser fecundos y de provechosa enseñanza si, como otros de la misma procedencia, se hubieran exteriorizado!

¡Qué pena perder en la república de las letras un hombre sabio, un hombre bueno, un hombre sincero, cuando el pan de cada día es tropezar con hombres necios, con hombres malos, con hombres farsantes!

¡Ah!, sí; Clarín era sabio, era bueno, era sincero. Expresándose con más o menos violencia, quizás con crudezas -8- de lenguaje que levantaban en túrdigas el pellejo de los aludidos, nunca dijo más que la verdad; lo mismo cuando trabajaba, en cumplimiento de un deber de conciencia, que el vulgo de las letras acaso no comprenderá, en desacreditar a muchos medianos escritores, que cuando ponía en su verdadero punto el mérito de no pocos a quienes la rutina, el convencionalismo literario y la pereza intelectual habían consagrado como primates. Esto en cuanto a su labor más conocida y más apreciada, quizás, por la frivolidad de los lectores.

Que en su otra labor, en la de los cuentos, en la de las novelas, en la de la crítica seria, ¡qué tesoros de pensamientos delicados, qué tesoros de profundos conocimientos de gran observador de almas, qué expansiones tan hermosas y espontáneas de un corazón noble, grande, honrado!

-9-

Y, sobre todo, desde que encauzó su pensamiento -y lo diremos con palabras suyas, que lo mismo pueden ser nota crítica de un novelista francés (Pablo Bourget) que exacta manifestación autobiográfica, consciente o inconsciente-, sobre todo, desde que encauzó su pensamiento «en esa dirección de idealidad franca y noblemente religiosa que siguen gran parte de las letras contemporáneas, particularmente en las generaciones jóvenes» y en la que Clarín entró, «sin impulso ajeno, con entera originalidad», «marcando las principales etapas de ese que no debe llamarse Camino de Damasco porque no hay exactitud en la frase».

No, no hay exactitud, entre otras razones, porque Clarín no necesitó convertirse como Saulo.

Aunque, a semejanza de Saulo, fue vehemente y entusiástico y sincero apóstol -10- de una verdad; la verdad en el supremo arte de las Letras.

Fue lástima que muriese tan pronto; doble lástima en atención a las circunstancias de tiempo que corremos. Mas con todo, su labor fue provechosa; hizo mucho bien a las letras patrias.

¡Dijo la verdad! ¡Cumplió con su deber!

¡Bienaventurados los hombres de quienes, al morir, puede decirse, con justicia, semejante elogio!

JUAN ALFONSO VALDÉS.

-11-

Romano

¿Romano? Sí; o Romanos, si lo queréis decir en griego; pero entonces no digáis Sinesio, sino Sinesios también. ¿Y quién fue Romano? Hay muchos que lo saben, pero tal vez abundan más los que lo ignoran, y como para los más son estos trabajos, hablaré de mi héroe como si por completo fuera desconocido.

No lo es por completo, pero como si lo fuera, aun para muchos autores que parece que debían tener obligación de conocerle. Sanctus Romanus veterum melodorum princeps; así le llama J. B. Pitra al publicar por primera vez (primam in lucem) sus Cantica sacra, sacados de códices manuscritos del -12- monasterio de San Juan, en la isla de Patmos, en el año del Jubileo pontificio (1888). Se trata, pues, de un santo poeta, melodo; y nada menos que príncipe de los poetas melódicos o melodo se le llamó por antonomasia. Es Romano el mejor, el más alto poeta cristiano entre los primitivos: Píndaro de la poesía rítmica le llama Bouvy; príncipe de poetas Pitra; Krumbacher opina que debe colocársele como gran iniciador de la poesía cristiana bizantina, a la manera que un Homero está a la cabeza de la poesía griega, y Dante al principio de la verdadera poesía italiana; y luego añade: «La historia de la literatura del porvenir acaso celebre a Romano como el más grande poeta eclesiástico de todos los tiempos». (Die Littereturgeschichte der Zukunft wird vielleicht den Romanos als den grósten Kirchendichter aller Zeiten feiern.-Véase Geschichte der Byzantinischen Litteratur.-München, 1891.)

¡El más grande poeta eclesiástico, además -13- santo, y para los más desconocido! La lectura ordinaria de un aficionado a las letras, aunque sea aficionado también a la devoción, no es fácil que le sugiera noticias de nuestro hombre. Como santo que fue... Sanctus Romanus, se os ocurrirá ir a buscarlo, por ejemplo, a la hermosa y muy extensa Leyenda de oro; trabajo inútil. Aunque estas «Vidas de todos los santos» reúnen los trabajos de Croisset, Butler, Godescard, Ribadeneyra y el Martirologio Romano íntegro, no busquéis allí a nuestro Romano, porque no aparece. En el índice general se asegura que en el día 24 de julio se ha hablado de un Romano... pero no hay tal cosa; en la Leyenda de oro se ha olvidado hablar de ese Romano que, de todas suertes, no sería el nuestro. La fiesta del Romano melodos es el día 1.º de octubre. Excusado es decir que de los ocho San Román de que trata la leyenda, ninguno es nuestro Romano. No busquéis tampoco sus himnos, con su nombre, en vuestros Eucologios, Horologios, etc. Allí hay rastros de su genio, pero sin su huella. El Dies irae, el sublime Dies irae, -14- sublime a pesar del jarro de agua crítica que le echa Renan en su obra póstuma, el tomo V de la Historia de Israel, el famoso Dies irae, atribuido, y con justicia en cierto modo, al insigne Tomás de Celano, el noble, sencillo, inspirado historiador de San Francisco de Asís, es, a los ojos de peritos como Deutsmann, obra que ha tenido por modelo (als Vorbild) el himno de Romano al Juicio final. También el llamado «Himno ambrosiano», cuya redacción ha sido con verosimilitud, según Deutsmann, reputada por obra del siglo VI, parece, en parte, como reminiscencia de una poesía de Romano. Mas, pese a estas imitaciones, la gran poesía del mejor poeta eclesiástico no aparece en los libros de devoción, no ya de la Iglesia romana, lo cual se explica por causas generales y algunas particulares y concretas, sino que en el mismo Oriente, en la misma literatura de la Iglesia bizantina, se obscurece pronto la fama de Romano, el cual, con solemne ingratitud, es como desdénado por los mismos griegos; en los libros litúrgicos bizantinos son preferidos -15- al antiguo poeta cristiano, de más elevada inspiración que todos, los himnógrafos posteriores. Como caso especial se menciona el famoso Himno de Nochebuena, de nuestro poeta santo; himno que en Santa Sofía y en la iglesia de los Santos Apóstoles se cantaba en el coro cada año, por Nochebuena, todavía en el siglo XII.

Por lo que toca a la literatura profana, a la que debiera recordar al gran bizantino, si no por santo, por poeta, y poeta cristiano, tampoco se encontrará, en los libros que es corriente leer acerca de tales asuntos, noticias ni experiencias lejanas siquiera, las más veces. No acudáis a ciertos diccionarios biográficos de literatura ni a ciertas enciclopedias; ¡es inútil! Vapereau, por ejemplo, no sospecha la existencia de Romano. Gubernatis, que escribe cerca de dos docenas de tomos dedicados a una Historia universal de la literatura, para nada se acuerda del mejor poeta cristiano bizantino; ni le menciona en el tomo de la Historia de la poesía lírica, ni copia nada suyo en el Florilegio. César Cantú, -16- que tiene en su Historia de la literatura griega muchos capítulos para la decadencia, para las letras greco-cristianas, y habla mucho de Gregorio Nazianceno, y copia sus inspiradas frases de amor ferviente religioso, y trata de Sinesio muy detenidamente, de Romano no sabe que existe. Yo no recuerdo que Chateaubriand se valga del mérito de Romano en sus famosos

paralelos entre clásicos y cristianos del Genio del Cristianismo; en los escritores y oradores extranjeros y españoles que cantan en elocuentes y eruditos párrafos las glorias de la Iglesia cristiana, yo no estoy acostumbrado a oír sonar el nombre de Romano cuando se habla de himnos y cuando se pone por las nubes, v. gr., el genio de Prudencio...

Romano, en general, es desconocido.

Gloria y fortuna es de León XIII que por él y para él, con ocasión de su célebre Jubileo, los *Analecta Sacra* hayan dado gran publicidad al mérito del poeta eclesiástico insigne. Verdad es que no es por casualidad y sin merecimientos tan buena suerte, pues no -17- es digno de menos, quien, como el Pontífice liberal y noble que hoy gobierna la Iglesia, abre los secretos de la Biblioteca Vaticana a un sabio ilustre como Pastor, para que este pueda en su *Historia de los Papas*, honra de la ciencia histórica alemana, defender el pasado de la Santa Sede, no con apologías sistemáticas, sino con la verdad... casi desnuda, pues no son muchos los velos que el ilustre profesor de Inspruk echa sobre las fealdades morales de algunos siervos de Pedro.

* * *

Romano, el mayor poeta de la antigüedad bizantina, apenas es conocido, por lo que toca a su vida, más que por una leyenda religiosa que dice de él que: o horios Romanos, el santo Romano, vino al mundo en Siria, fue diácono en la Santa Iglesia de Beryto y fue a Constantinopla en tiempo del Emperador Anastasio: «Una noche, estando dormido, se le apareció en medio del sueño la Santísima Madre de Dios, y mostrándole un pergamino de los que sirven para apuntar los himnos del coro, -18- dijo: *Labe jarten cai catafague auton*, toma el pergamino y cómelo... Desde entonces Romano se vio favorecido por la gracia con el don de poesía, fue, de parte de Dios, el autor de los himnos de la Iglesia más altamente inspirados, más dignos de una fama que hoy reaparece tardía...

Vino a Constantinopla bajo el imperio de Anastasio, pero ¿qué Anastasio? Si fue el primero, hay que remontarse a los años 491-518, si fue Anastasio II, hay que venir al siglo VIII (713-716). Las opiniones en este punto, de real importancia, se dividen: Christ, profesor de Munich, y en cierto modo Jacobi, se deciden por el Anastasio más próximo a nosotros; Bouby se inclina a pensar que hay que suponer el sueño de la leyenda en época intermedia entre ambos Anastasios; Pitra y Stevenson prefieren creer que se trata de Anastasio el antiguo. Aquí no se puede tratar con detenimiento esta cuestión; baste decir que me parecen decisivos los argumentos con que Krumbacher, privat-docent en la Universidad de Munich, -19- refuerza la última opinión, fundándose, entre otras razones, en que la leyenda no parece revelar el conocimiento de que existiera un segundo Anastasio; en que Romano, al cantar a la Virgen, no se vale de la multitud de atributos con que la nombra Sergio, himnógrafo de siglo posterior en que el culto de María había adquirido gran preponderancia. Hay más: Andrés de Creta, que vivió entre 650-720, parece ser que imita en cierto himno el hermoso Proemio de Romano; *Psuje mou, psuje mou, anasta, ti cazeudeis; to telos enguidsei...* Alma mía, alma mía, levántate, ¿por qué duermes?, el fin se acerca...

Por otra parte, la obscuridad que rodea la historia de Romano, esta falta de noticias relativas a tan notable poeta, no se explicaría, sería de

extrañar, dice Krumbacher, si hubiera que suponerle contemporáneo de Juan de Damasco. Entre los escritores religiosos no se explicaría este silencio por pura malicia, pues se trata de un poeta reconocido por santo y que tenía que aparecer simpático a los defensores de la veneración, -20- cada día más exaltada, de la Theotocos de la Madre de Dios. De los escritores profanos, sólo Suidas alude a Romano o melodos; en cuanto a los comentaristas de la poesía religiosa, Zenaras, Prodromos y Gregorio de Corinto, no parece que sospechen siquiera la existencia de tal poeta; toda su atención y admiración la consagran a Gregorio Nazianceno, Juan de Damasco y Kosmas.

No importa; si Romano aparece aislado tal vez por falta de noticias referentes a sus precursores; si después otros himnógrafos se llevan toda la fama que él merece, los peritos aseguran que el mérito supremo a él le queda. Krumbacher habla del valor objetivo de su obra, representación poética, lírica, sí, pero real, no de pura idealidad personalísima, sino propia para expresar la común creencia, el sueño místico, la epopeya fantástica de todos los creyentes. Para cada fiesta cristiana, para cada momento capital del dogma, tiene Romano su himno, en el cual no eclipsa el fervor lírico, el subjetivo transporte, la plástica representación que -21- importa señalar para alegría, edificación y entusiasmo de los fieles que han de oír el cántico sagrado. Y al mismo tiempo, aunque los asuntos se los dan hechos la tradición eclesiástica, la fe común, el culto, en ellos brilla su originalidad, su inspiración elevada, su pensamiento y sentimiento profundos.

Léase ahora lo que el citado Bouvy, cuya fina crítica ensalza el profesor de Munich, dice de nuestro poeta bizantino:

«S. Romano es el primero de los Melodas por el genio poético. Sus obras representan el himno litúrgico, o más bien el drama religioso, en su perfección. Imaginemos al cristiano de hinojos, al monje en oración, al santo en éxtasis: ante sus ojos van pasando las grandes figuras de uno y otro Testamento; ve los patriarcas y los profetas, los oye y medita sus palabras; contempla al Salvador de los hombres y a su Madre, a los apóstoles y a los mártires; asiste como testigo atento y entusiasta a todos estos acontecimientos del pasado, cuyo héroe es el mismo Dios. Esta contemplación del mundo sobrenatural excita -22- sus potencias, exalta su mente y su corazón. Prorrumpen en actos de adoración, de alabanza, de gracias. Si dais al que así contempla, para interpretar lo que ha visto y oído, ritmos fáciles, graciosos, armoniosos, populares, y por alimento el fuego sagrado de su genio al incomparable auditorio de las basílicas orientales; si vuestra imaginación puede remontarse a tal hombre, no en Atenas, ni aun en Constantinopla en tiempos de San Gregorio y de San Crisóstomo, sino en Bizancio, en el verdadero Bizancio de los bizantinos; si le veis subir al ambon (púlpito en el coro) de Santa Sofía en Nochebuena, después de un sueño milagroso, y si oís el prelude de su gran cántico

He parzenos sémeron
ton huperonsión tiktei...
(La Virgen hoy
lo supersustancial parió:

y la tierra a una cueva
lo inaccesible atrajo...)

no admiréis todavía, esperad hasta el fin, dejad que se desenvuelva la majestuosa serie -23- de las veinticinco estrofas (tropaires, dice Bouvy). No juzguéis siquiera por un solo cántico, seguid al Meloda en todas las fases del ciclo sagrado, desde la fiesta de Esteban, el primer mártir, hasta las solemnidades de las Pascuas, la de la Ascensión, la de Pentecostés, y acaso concluiréis pensando y diciendo que el cristianismo no debe envidiar a la antigüedad ninguno de sus poetas líricos».

Y ¿qué nos queda de este gran poeta cristiano? Según el autor de la leyenda, produjo cerca de mil composiciones (contaquias), pero aunque esta suma sea exagerada, si, como dice Krumbacher, poseemos todavía, a pesar de la gran pérdida que hay que lamentar de tan interesantes producciones, cerca de 80 himnos, supone esto una actividad poética considerable.

* * *

Aun después que por la imprenta se divulguen los himnos de Romano, y aun después de que sean traducidos (con lo cual perderán -24- infinito), es probable que su fama no se extienda todo lo que fuera justo. Lucha, primero, con el misonéismo, odio a lo nuevo, que en materia de celebridades es evidente; los apologistas de púlpito, Revista y periódico han de acostumbrarse difícilmente a salir de los tópicos seculares de sus alabanzas para admitir al lado, por lo menos de los Naziancenos, Prudencios, etc., etc., a este nuevo poeta cristiano.

Pero además, ha de perjudicar no poco a Romano el pertenecer a la literatura bizantina, la cual, fuera de unos cuantos hombres que, gracias a la Iglesia, han recibido absolución general, lleva consigo cierto estigma de inferioridad que los más no se explican ni saben en qué puede consistir, pero que ha pasado en autoridad de cosa juzgada por la gran jurisprudencia popular de las frases hechas. Hoy se llama bizantina a cualquier cosa que se quiera desprestigiar como decadente, viciada, de poco momento y de complicación inútil; y en arte, en poesía, en historia, -25- en política, en todo, se juzga en montón, por una palabra y en una palabra, cosas que a veces son excelentes y bien distintas de aquellas con que se las agrupa.

En el arte bizantino, que después de haber estado en auge, rechazan ya los más, no queriendo, por ejemplo, que haya influido en la arquitectura de este y el otro país occidental, ha tenido, sin embargo, no poco que aprender e imitar más de un país que hoy desdeña tales relativos orígenes; Bayet, huyendo de exageraciones en uno y otro sentido, reconoce en su *Art Byzantin* (Ed. Quantin), primero: que no ha habido en tal arte la uniformidad constante que se le atribuye, y que ha tenido épocas de ensayo, de desarrollo, de florecimiento y de decadencia; además, durante varios siglos, el arte de Bizancio brilló sobre la Edad Media. La civilización de Constantinopla se extendió hasta muy lejos, por todas partes, y si no hay que ver ni el arte gótico ni el florentino, cuando

llegan a su esplendor, como debiendo al bizantino su gloria, tampoco se ha de negar, -26- en justos límites, la influencia de los maestros de Oriente.

En literatura, en filosofía, en ciencias, en la vida política y militar, épocas hubo en Constantinopla de verdadero florecimiento, de vida normal y rica en elementos de cultura estable y sana, como, v. gr., bajo la casa macedónica (867-1057).

El bizantinismo vale más estudiarlo, para hacerle justicia, que considerarlo sólo con una palabra que es un sambenito, y a los más les ahorra todo género de investigaciones.

No se olvide que bizantina es, en su última forma, la llamada actual, la legislación que ha sido y es en gran parte como una especie de derecho universal, racional, en la civilización a que pertenecemos; pues el derecho romano bizantino es el que inspiró muchos Códigos actuales europeos, los americanos, como el famoso de Livingston, y es la ley que rige todavía en gran parte la vida civil de pueblo tan importante como Alemania. No se olvide que la religión cristiana -27- misma es en gran parte bizantina por sus dogmas, por sus concilios, por sus liturgias, por su arte, por sus historiadores y apologistas, y por sus poetas como Gregorio, Sinesio... y Romano.

-[28]- -29-

La contribución
Tragicomedia en cuatro escenas

Escena I

Estación de Pinares. Al amanecer. El campo cubierto de escarcha. Mucho frío. El tren parado delante del andén. Algunos viajeros de tercera corren a la cantina, donde se sirve café malo, pero caliente. Muchos se soplan las manos, otros dan patadas fuertes contra el suelo, otros se pasean, mientras se les prepara el café. Los empleados, pocos y mal vestidos, de la estación, muestran actividad extraordinaria. Es que en un coche de lujo, en un break, viajan altos funcionarios de la Compañía y un Ministro, el de Hacienda.

UN VIAJERO DE 3ª.- (Enfermo, de color de aceituna, muy débil, vestido con un traje claro muy ligero; se acerca, andando y hablando con dificultad, al JEFE DE LA ESTACIÓN, que pasa con mucha prisa.)
¿Me hace el favor?

JEFE.- ¿Qué hay?

VIAJERO DE 3ª.- ¿Cuántos minutos para aquí?

-30-

JEFE.- ¿No lo ha oído usted? Cinco.

VIAJERO DE 3ª.- Pero como decían... que hoy... que se habían bajado unos señores que tienen que hacer ahí fuera... y se les esperaría...

Pensaba yo.

JEFE.- Eso no es cuenta de usted ni mía. (El JEFE desaparece sin oír las excusas del VIAJERO DE 3ª, que teme haber ofendido a aquel personaje.)

VIAJERO DE 3ª.- (A otro EMPLEADO de la estación.) ¿Se puede saber cuánto pararemos aquí?

EMPLEADO.- ¡Uf! Lo menos un cuarto de hora ¿No ha visto usted que se han apeado esos señores para ver las obras del puente? Lo menos un cuarto de hora.

VIAJERO DE 3ª.- (Con expresión de alegría y agradecimiento.)

Muchas gracias, muchas gracias... Pero ¿está usted seguro que un cuarto de hora lo menos?

-31-

EMPLEADO.- (Con el humor del JEFE.) Hombre, ¿quiere usted una hipoteca? (Se va.)

VIAJERO DE 3ª.- No, señor, gracias... Usted dispense... Basta la palabra... ¡Quince minutos! ¡Oh, sí, me decido! ¡Dios mío, dame fuerzas! (Con gran trabajo, respirando con dificultad, se dirige hacia... lo que no puede decirse.) (Lee:) Señoras... ¡Aquí no! (Da otros cuantos pasos con gran dificultad.) (Lee:) Caballeros. (Vacila; muestra gran desaliento.) No hay más... Sí, aquí debe de ser. (Desaparece.)

(Pasan tres minutos. Suena una campana.)

UNA VOZ.- Señores viajeros, ¡al tren!

(Los personajes del break ya han ocupado su coche. Al parecer tienen prisa. Uno de ellos se dirige al JEFE DE ESTACIÓN, que se cuadra.)

EL PERSONAJE.- Sí, sí; ahora mismo. Pite usted. El Ministro se siente mal y hay que llegar cuanto antes a la ciudad...

(El EMPLEADO de marras habla en voz baja al JEFE y señala al lugar por donde ha desaparecido el VIAJERO DE 3ª. El JEFE hace un gesto de contrariedad y se encoge de hombros. El PERSONAJE se retira de la ventanilla. El JEFE espera unos segundos. El EMPLEADO -32- y algunos viajeros, que se dirigían corriendo al tren, hacen señas, como de quien mete prisa a alguien, en la dirección por donde ha desaparecido el VIAJERO DE 3ª.)

EL EMPLEADO.- ¡Vamos, hombre, a escape...! Que se queda usted en tierra...

UN VIAJERO.- ¡Que se va el tren! (Suena el pito.) ¡Que se va!... ¡Ese pobre hombre!... ¡Que no puede!... ¡Que se cae!... Allá ustedes. (Monta corriendo en su coche.)

EL EMPLEADO.- Pero ¿qué le pasa? (El tren empieza a moverse.)

VIAJERO DE 3ª.- (Aparece, arrastrándose casi, con una mano apoyada en el suelo y otra sujetando la ropa. Lívido, aterrado, habla con voz debilísima; quiere llegar al tren, que marcha.)

¡Socorro! ¡Favor!.. ¡Ayudarme, ayudarme! ¡No puedo, no puedo!...

(Toca con una mano el estribo, un mozo de la estación y el EMPLEADO de antes se precipitan hacia él para contenerle.)

EL EMPLEADO.- ¡Imprudente!... ¡Desgraciado!... ¡Que le arrastra, que le deshace el tren!...

-33-

VIAJERO DE 3ª.- ¡Por Dios!... ¡Arriba!... Quiero morir allá... en Cardaña... junto a mi padre... ¡Falta tan poco!... ¡Ayuda, arriba!...

MUCHAS VOCES.- ¡Imposible!... (Quieren ayudarle los de dentro y los de fuera. Se abre una portezuela, se tienden varias manos. Todo inútil. El tren sigue, el VIAJERO DE 3ª cae sin sentido en brazos del mozo de la estación. Todas las ventanillas, las del break inclusive, llenas de cabezas. Curiosidad inútil. El tren desaparece.)

VOCES EN EL TREN.- ¿Quién es? ¿Quién será?

OTRAS VOCES.- Dicen que es un soldado de Cuba que viene por enfermo...

Escena II

Cardaña. La estación. Mucho frío. Muy poca gente en el andén. Un VIEJECILLO ochentón, apoyado en muletas, rendido de fatiga se arrima a una columna de hierro y mira con ansiedad hacia la parte de Pinares, por donde va a llegar el tren. Llega el tren. Nadie se apea. ¡Un minuto de parada!, grita una voz. Suena inmediatamente una campana, luego un silbido, y el tren emprende la marcha.

EL VIEJO.- ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Nadie, nada... ¿Se habrá dormido? No, imposible. Es que -34- no viene. ¿Dónde se ha quedado? Si debía llegar ahora, sin falta... ¡Enfermo, enfermo por el camino!... ¡Mi Nicolás, Nicolás!... Nada; no viene... y ya se aleja el tren... ¡No viene... no viene!... ¡Dios mío!...

EL JEFE DE LA ESTACIÓN.- ¿Qué es eso, señor Paco? ¿Qué le sucede? ¿Le han arrojado ya de su casa esos caballeros mandones?

EL VIEJO.- No... si ahora no es eso... No es la casa... Es mi

hijo... Nicolás, que vuelve de Cuba muy enfermo, deshaciéndose... y debía llegar en este tren... ¡y nada!

EL JEFE.- Calma, hombre; vendrá mañana.

EL VIEJO.- No, no; ¡me da el corazón una desgracia!... ¡Hoy, hoy, era hoy!... Algo le pasó en el camino.

JEFE.- Vaya, que es usted el rigor de las desdichas. Pero ¿qué hay de eso? ¿Es verdad que -35- le han vendido a usted la huerta y la chozuga por mal pagador, por rebelarse contra el comisionado?...

¡Ja, ja! Usted, señor Paco, siempre tan... faccioso. Pero ¿no sabe que el que no paga la contribución... la paga de todas maneras?

VIEJO.- Yo no podía pagar. ¡Les abandoné mi pobreza! Pero de mi rincón no me han echado todavía... ¡Ni me echarán! Quiero mi cama en mi choza para mi hijo, que viene enfermo de Cuba...

JEFE.- ¡Pero si le han vendido la choza, si ya no tiene allí nada suyo más que la cama!... Usted lo dice, se lo abandonó todo.

VIEJO.- (Irritándose.) Sí, lo abandoné porque no podía pagar trimestres y más trimestres... Me pedían un dineral... Una injusticia... Mientras pude trabajar, pagué a regañadientes, pero pagué; ahora, solo, baldado, inútil, sin trabajo... apenas como... y he de pagar... -36- ¿Con qué? ¡Rayos! ¡Mi casa, la huerta!... Se la llevaron, bueno; ya es de otro... ¡Rayos! Pero si Nicolás llega enfermo, ¿dónde le meto? ¡Vive Dios! ¡En mi choza, en su casa!

JEFE.- Juicio, juicio, señor Paco. Con los mandones no se juega. No haga usted un disparate. Y salga, que esto se queda solo y yo me voy arriba.

VIEJO.- (Saliendo de la estación hacia el pueblo.) ¡Dios mío! Pero ¿dónde está mi hijo? ¡Enfermo!... ¡Abandonado en el camino!... ¡Muerto, acaso muerto!

Escena III

La tarde del mismo día. Calle de aldea, solitaria, delante de la casucha del SEÑOR PACO. El ALCALDE y dos hombres mal encarados, vestidos a lo ciudadano, pero con mala ropa, se acercan al SEÑOR PACO, sentado a la puerta de su casa.

EL ALCALDE.- ¡Ea, señor Paco, esto se acabó! La paciencia, y todo, se acaba.

EL SEÑOR PACO.- ¿Qué quiere usted decir, señor alcalde?

-37-

EL ALCALDE.- Que estos señores vienen a tomar posesión de lo que es suyo. Que esta casa ya no es de usted. Que usted ha dejado que la Hacienda se incautase de sus bienes, y sin mezclarse usted en nada, despreciando la ley, como si esta no tuviera que cumplirse, ha visto sin moverse que, paso tras paso, como pide la justicia, se fueran

llenando todos los requisitos para dejarle a usted en la calle... Y ahora que eso ya es de otro, de este caballero que acompaña al señor comisionado, a quien usted conoce...

SEÑOR PACO.- Sí, demasiado.

EL ALCALDE.- Ahora que usted no tiene ahí dentro más que unos pocos muebles, ni quiere sacarlos, ni se va con la música a otra parte...

y eso no está en el orden. Haber pagado a su tiempo.

SEÑOR PACO.- No tenía con qué.

-38-

EL ALCALDE.- Eso no es cuenta mía. Ni esto tampoco... Entendámonos: estos señores recurren a mí porque, por la presente, y a falta de mejor... postor... eso es, soy la fuerza pública, vamos al decir.

Está usted ejecutado; la ley ya no tiene más que hacer... a no ser que quiera que materialmente se le eche a patadas...

EL SEÑOR PACO.- ¡Atrévase usted, señor alcalde!...

EL ALCALDE.- No, yo no. Es usted un pobre viejo. Pero vendrá la guardia civil, ya que es usted tan testarudo. Este caballero ya ha estado aquí tres veces. Tiene razón al quejarse de que no se le haya hecho salir de aquí a usted a su debido tiempo. Por lástima han hecho todos la vista gorda hasta llegar al último momento... Pero esta es la de vámonos. Tanto derecho tiene usted a estar en esta casa como en la mía. Yo, por motivos de orden público, digámoslo así, vengo a darle -39- el último aviso por las buenas. Este señor ya está cansado de aguantarle... Conque, o deja usted libre la puerta... o vienen los guardias ¡y hay violencia!

EL SEÑOR PACO.- ¡Que venga un ejército! Que me maten... de aquí no me muevo. Espero a mi hijo... a Nicolás... que viene muy enfermo...

¡Dios mío! ¡Si llega! ¿En dónde le acuesto? Viene de Cuba, deshaciéndose... Mi cama es suya... ahí, en ese rincón donde nació... donde moriremos los dos abrazados... en nuestra casa, donde murió su madre, mi choza... mía, pese a todas las contribuciones del mundo. No pago porque no puedo... ¡pero mi casa es mía!

EL COMISIONADO.- Señor Paco, esta casa es de este caballero, que la ha adquirido del Estado en la forma que señala la ley y con todos los requisitos del caso; hace mucho tiempo que está usted aquí de sobra. Bastante se ha levantado -40- el brazo. Si usted no hubiese sido terco... si hubiera pagado...

EL SEÑOR PACO.- (Sombrío, como trastornado.) Esta casa es para mi hijo... Ahí, en esa cama moriremos los dos... abrazados... ¡Si viene! ¡Si no ha muerto por el camino!

EL DUEÑO NUEVO.- Nada, nada; yo no sirvo para ver estas cosas. Que se cumpla la ley en todos sus extremos. Yo me voy y volveré cuando la fuerza me haya dejado mi propiedad libre de estorbos... Con Dios, señores.

EL ALCALDE.- Espere usted. Ea, tío Paco, ya se me sube a mí el humo a las narices. Aquí ya no hay civiles que valgan: yo soy el alcalde... y me basto y me sobro... Deje usted libre el paso... o me lo llevo a la cárcel...

EL SEÑOR PACO.- (Blandiendo una muleta.) Moriré aquí dando palos al que se acerque... En muriendo los dos... ahí dentro, en -41-

esa cama, cargad con todo. Llevadnos de limosna al campo santo... y todo es vuestro. Pero me da el corazón, miserables, que si os abandono la choza antes que él venga... no vendrá, se habrá muerto en el camino, en el barco, entre las ruedas del tren, ¡qué sé yo! Si le aguarda su cama, en su choza... en el rincón donde nació... vendrá, sí, vendrá... ¡Se lo pido a Dios de rodillas!

(Se arrodilla temblando y apoyando las manos en el suelo. Silencio solemne. Aquellos cafres callan con respeto, relativo, a la desgracia y a la oración del anciano.)

Escena IV

Se oye el ruido estridente de las ruedas de una carreta del país. Aparece por la calleja que desemboca frente a la choza del SEÑOR PACO, una carreta de bueyes guiada por un ALDEANO y escoltada por dos civiles. Dentro de la carreta un bulto largo cubierto con un lienzo gris.

UN GUARDIA CIVIL.- Aquí es. Señores, ¿no vive aquí el señor Paco Muñiz de la Muñiza?

EL ALCALDE.- Ahí le tienen... A buen tiempo llegan, señores guardias... Yo soy el alcalde del pueblo, y este hombre...

-42-

EL GUARDIA.- Espere un poco, señor alcalde. El caso es...

EL SEÑOR PACO.- (Como iluminado por una revelación al ver la carreta, se dirige hacia ella, sin apoyarse en las muletas, que arroja; levanta el lienzo gris, descubre un cadáver y se abraza, entre alaridos, al muerto.) ¡Nicolás! ¡Mi hijo! ¡Mi Colasín!

EL ALDEANO.- (Al ALCALDE.) Se nos ha muerto en el camino. Es un soldado de Cuba que venía por enfermo. Se bajó en Pinares... no pudo montar en el tren... y se moría. Suplicó que por caridad se le trajera a Cardaña... a morir en su casa, junto a su padre...

EL SEÑOR PACO.- (Incorporándose airado, como un loco.) ¡Miserables, dejadme lo mío! ¡Ya pago, ya pago! ¿No me robáis porque no pagaba?... ¿Y ese hijo? ¿Y esa vida? ¡Alcalde, ahí tienes la contribución! ¡Entiérramela! (Con las manos crispadas señala al muerto.)

TELÓN MUY LENTO

-43-

Renan

La voz del pueblo, que a veces acierta, lo ha dicho unánimemente en Francia y fuera de Francia.

Desde la muerte de Víctor Hugo, no ha habido otra más importante, de más efecto para la Francia intelectual, y aun pudiera añadirse para el mundo de las ideas.

El telégrafo apenas ha tenido tiempo para comunicarnos esta opinión general que se impone como una gran justicia que la posteridad comienza a hacer al gran espíritu francés desde el día siguiente al de su muerte.

Decía que la voz del pueblo acierta... a -44- veces, porque, sin adulación, no cabe ocultar que en muchas ocasiones se equivoca.

Suele acertar al borde de un sepulcro.

Cuando faltó Víctor Hugo, la justicia definitiva popular se impuso a los reparos y mezclas frigoríficas de la envidia y la crítica hostil; aunque hacía algunos años que la manera del gran maestro no estaba de moda en los cenáculos literarios, la gran masa de los admiradores del poeta impuso el fallo que fue de gloria, sin pararse en distingos ni atenuaciones.

Hasta en nuestro país, donde la opinión pública está mucho menos ilustrada, aunque los instintos generosos de entusiasmo por lo grande no son menores, cuando murió Moreno Nieto, el pueblo... que no lee siquiera, ni acude a los Ateneos, adivinó en el sabio modesto que desaparecía un santo del pensamiento, un apóstol del bien.

Renan, que para las masas de la mayor parte de los países latinos era ante todo el heresiarca moderno, el enemigo de la Iglesia; Renan, que tan mal comprendido y tan poco -45- conocido, en rigor, era aun para los que se permitían hablar de él con escasa y distraída lectura de sus obras, a las veinticuatro horas de morir recibe un universal homenaje de admiración y respeto, y el mundo entero comienza por hacer justicia a la rectitud de sus intenciones, a la austeridad y al decoro de su vida, a la grandeza de su ingenio, a la belleza de sus obras. El Renan que no había visto bien la crítica maleante y ligera, el fanatismo contrario a sus doctrinas, los rivales, los sectarios de escuelas diferentes y el vulgo letrado, distraído y superficial, es adivinado por el instinto popular, y en todas partes y en todos los tonos se dice hoy de él lo que hace poco sólo pensaban algunos; que es un hombre genial, que es un grande hombre, el primero de los que hoy tenía Francia. Sabe hasta el último periodista que La Vida de Jesús no es todo ni lo principal en la obra de Renan, y ya hasta el fanático más lenguaraz e ignorante se guarda de decir que ha muerto el diablo, que ha fallecido el Antecristo.

* * *

-46-

Pasemos rápida revista a algo de lo mucho que de primera intención,

improvisando, se ha dicho al día siguiente de morir Renan.

Comencemos por casa.

En general, los periódicos españoles han comprendido la importancia del triste suceso y le han consagrado excepcional atención, sin duda.

En la información ha habido notables deficiencias. Comenzaron ciertas agencias telegráficas por decir que el ilustre profesor del Colegio de Francia había muerto en Londres. El error lo deshicieron las primeras noticias directas de París.

Las noticias biográficas y bibliográficas de la Prensa madrileña se resintieron en general de falta de conocimientos directos de las obras de Renan. Se consultó, generalmente, los consabidos remedia-periodistas enciclopédicos que suelen ser inexactos y que suelen estar atrasados de noticias.

Al dar la lista de los tomos de que consta la Historia del Cristianismo, la obra capital de Renan, casi todos los periódicos se equivocaron -47- y, copiando algún diccionario antiguo o el catálogo de algún tomo de Renan, antiguo también, aseguraron que a la Vida de Jesús, Los Apóstoles, San Pablo y El Antecristo había seguido otro tomo, último de la obra, titulado La Iglesia Cristiana. Y la verdad es que al Antecristo siguieron tres tomos, Los Evangelios y la Segunda generación cristiana, La Iglesia Cristiana y Marco Aurelio y El fin del mundo antiguo.

En general, el juicio propio de nuestros periódicos reflejaba esa opinión general a que antes aludí; todo era admiración y respeto; las virtudes y el gran talento eran generalmente reconocidos.

Entre los periodistas que adelantaron su opinión espontáneamente, se distinguió a mi juicio un redactor de El Liberal, Tomás Tuero, que así como a la ligera dio sin embargo una de las notas más justas, que coincidió con la que al día siguiente hacía oír Mauricio Barrès en El Fígaro de París, bien en oposición por cierto con el sesudo pero frío y deficiente artículo de Deschamps en el -48- Journal des Debats, de que era Renan colaborador. Tuero, como Barrès, señaló en el servicio de Renan a la causa de la civilización moderna con aspecto religioso. Bien señalado está. Digan lo que quieran los que exageran la nota dilettante de Renan, o los que ven exclusivamente en él al sabio experimentalista, por algo se había tenido por exacta aquella frase célebre según la cual, Renan era una catedral vacía... El mismo había dicho de sí una y otra vez que él era en el fondo un clérigo.

-El que fue cura, lo es, como dijo Víctor Hugo.

El espíritu religioso es una tendencia ante todo, un punto de vista, casi pudiera decirse una la digna postura, postración ante el misterio sagrado y poético; no es, como creen muchos, ante todo, una solución concreta, cerrada, exclusiva.

En este último sentido, Renan no era religioso; en el primero, sí. Claro que en las obras se encuentran textos aislados para todas las conclusiones (pues esto obedece en -49- él a un sistema), pero yo al incógnito sabio experimental, pedante sin duda, que desde El Fígaro trata con cierto menosprecio al autor de los Diálogos filosóficos, le diría que no es verdad que pueda afirmarse rotundamente que Renan negara a Dios, pues infinidad de veces se inclina a afirmar su realidad; que yo recuerde ahora, de repente, en L'Abbrése de Joaurre, cuando alguien dice: «Dios;

más probable que la inmortalidad del alma». Y al final del famoso prólogo de su último libro Feuilles ditonchees (1892) escribe: «El amor es tan eterno como la religión. El amor es la mejor prueba de Dios, es el cordón umbilical que nos une con la naturaleza, nuestra verdadera comunión con lo infinito». Y a estas palabras dignas de un Carlyle, añade: «Padre celestial, yo te agradezco la vida».

En otra parte que no puedo ahora puntualizar porque cito de puro recuerdo, exclama parecidas palabras: «Padre nuestro, el que menos cree en ti, desea tu existencia catorce veces al día». Y en el mismo prólogo citado dice: «Nada nos prueba que existe en -50- el mundo una conciencia central, un alma del Universo; pero nada nos prueba lo contrario».

Luego ni aun en los textos menos favorables al deísmo, niega a Dios. Es más: el sabio incógnito de Fígaro dice que niega a Dios pero reconoce lo divino. Pues tanto monta porque lo divino, no siendo para el idólatra, para el antropomorfista, es el Dios que racionalmente puede pensarse que haya.

* * *

Volviendo a mi revista de lo que han dicho o callado los periódicos, advertiré que El Siglo Futuro no aprovecha la ocasión para decir pestes del Antecristo y se limita a imprimir los telegramas de las agencias con todos sus elogios.

¡Todo progresa, hasta El Siglo Futuro!

La Época, el primer día no dijo nada. El segundo copió a El Imparcial. En general, ha habido bastante valor para poner la fama de Renan en su sitio, sin miedo a lastimar creencias; sino donde los periodistas -51- comprendieron que hasta los neos y fanáticos pasaba el tiempo enseñando y que hoy todos comprenden, menos tal vez el Padre Zacarías, agustino, que Renan en lo que negaba no era más que uno entre mil, como historiador, exégeta y filósofo, y en lo que afirmaba era un idealista de los que más han trabajado para combatir al enemigo común, el materialismo de escalera abajo y el pedantesco y corto de vista de lo que por antonomasia se llama ciencia, no siendo más que el empirismo particular de algunos estudios experimentales, en el fondo hipotéticos meramente.

Grande es mi admiración por Renan; sin embargo, no veo en él fórmula última y más propia de la actualidad filosófica; soy partidario de su modo entre literario y mundano de atreverse con las grandes conjeturas filosóficas; venero su rigorismo metódico en lo que respecta a la investigación de los conocimientos parciales relativos, pero... opino con Barrès que su estado general de pensamiento desde el punto de vista de lo que le -52- es común con su medio, con su tiempo (no es lo personal, genial) corresponde al movimiento intelectual que sigue a la revolución del 48 y llega a los cuatro o cinco años siguientes a la guerra franco-prusiana. Renan era una catedral, pero no era lo que Vogüe llamaría una cigüeña.

-53-

No engendres el dolor

Llegó la hora, cogí la pluma de hacer pesetas, como un pendolista de

billetes de Banco de iniciativa individual, la pluma de falsificar 50 pesetas de literatura jocosa, de esa que no le gusta ahora a Doña Emilia Pardo, porque sopla de vendaval... rasqué el ingenio... y nada.

A la otra puerta.

Me fui al Casino, cogí La Época, que es mi musa en casos tales... y nada.

Dos o tres quisicosas del revistero de salones que no eran materia imponible.

Estaba avergonzado de mí propio. Temblaba -54- como literato y como padre de familia. ¡Dios mío!, pensaba, ¿qué es esto? ¿Es impotencia?...

Era la primera vez en mi vida que tan radicalmente se me negaba el diablillo de las bromas sin picardía a dictarme cuatro cuchufletas.

Mi desairada situación me parecía semejante a la de aquel robusto amator, que nos describe Balzac en sus cuentos drolatiques, el cual amator ama once veces, si no recuerdo mal, cumplidamente, y a la dozava ama en vano.

-Pues tan viejo no soy -me decía- para tales lances...

Luego me acordé de lo que me había sucedido la noche anterior, que me hacía comprenderlo todo, y que era materia suficiente para un artículo.

* * *

Dormía yo, como dormimos nosotros los justos, cuando, de repente, sentí un sacudimiento, desperté y oí una voz (por estas, que -55- son cruces), una voz que me sonaba en el cerebro y me decía:

-No engendres el dolor.

Si esto fuera mentira, no tendría gracia; pero es absolutamente cierto. Si en la antigüedad los que soñaban cosas tenían que ir a los sabios a que les interpretasen el sueño, ahora han cambiado los tiempos; ello fue que mi conciencia desvelada, alerta, no vaciló un momento en penetrar el consejo o mandato de la voz nerviosa, de la voz de ese otro yo que llevamos todos, o los histéricos por lo menos, con nosotros mismos, según demuestran los sabios que cita Binet en su reciente artículo sobre las perturbaciones de la personalidad, y según ya hace muchos años pude comprender por dolorosa experiencia. La conciencia desvelada me dijo, pero esta sin voz, que aquella frase, porque era una frase, aludía a los recientes arañazos crítico-satíricos, a los articulejos en que había yo hecho daño a una y otra persona.

Después que me levanté, perdí el sentido íntimo de la frase, su alcance, su valor de -56- imperativo, aunque no categórico; y hasta llegué a olvidar el incidente nocturno; porque ni soy supersticioso, ni me hacen gracia estas vocecitas que no prueban nada sobrenatural, pero sí que no está uno completamente bueno.

Tengo yo un amigo, erudito y filósofo, el autor de Los nombres de los dioses, obra traducida al alemán y elogiada por Max Müller, y de La filosofía de lo maravilloso positivo, libro alabado por Juan Valera, un amigo que se llama Sánchez Calvo, el cual les saca mucha miga a estas cuasi alucinaciones, a estos despliegues de personalidad, etc., etc., y si lee estas líneas, puede que se preocupe con lo que le pasó a este su admirador, que tiene el honor de no creer en lo maravilloso positivo.

Sea como sea, ahora recuerdo (tal vez porque es otra vez de noche, cerca del amanecer) que las palabras que oí al despertar, no engendres el dolor, tuvieron para mí un profundo esplendor ideal, me dijeron cosas que mi pluma no podría expresar aproximadamente.

Era algo así, pero con mucho más sentido, con más verdad inmediata de conciencia: «Tú, hombre, no eres capaz de crear la dicha, de llevar las contingencias de la realidad por el camino de una felicidad segura para tus semejantes; el bien seguro no se sabe de dónde viene; pero el mal, sí, puedes crearlo; no todo el mal, es claro, pero cierto mal. El dolor nace de muchas fuentes, pero una de ellas es la voluntad; el bien que tú quieras hacer puede convertirse, al salir al mundo exterior, en daño, en mal; ser perecedero, deleznable; todo por contingencias indefinidas; pero el mal puede salir de ti infalible; te basta con querer hacer mal para que ya lo haya; y no hay contingencias que puedan trocar tu mal querer en bien; mortal, está seguro de esto, puedes hacer daño; hay, entre tantos dolores, algún dolor que sale originariamente de ti. Por eso... no engendres el dolor. El mal que causa tu pluma, el daño que produce tu censura agria y fría en el amor propio ajeno, es cosa tuya por completo; eres creador de algo en el mundo -58- moral; de ese daño, de ese dolor. No engendres el dolor...». Y por ahí adelante.

Ya he dicho que durante el día siguiente olvidé todos estos tiquis-miquis; pero ellos por dentro, en el yo de refresco, seguían trabajando, sin duda; y por eso yo (o él) no estaba para bromas, ni se me ocurría ninguna malicia, ni aun leyendo La Época. Me sentía más lírico que epigramático. Hubiese preferido que se ganase el sueldo recitando La noche serena de Fray Luis, o dando limosnas, o perdonando a Velarde, porque no sabe lo que se versifica.

Estos estados de ánimo pre-rafaélicos son muy bonitos, pero de escaso provecho crematístico. Como no es cosa de que yo salga ahora con un tomo de Odas (y aunque saliera no me valdría dinero), quiero, necesito reaccionar, como dice (y hace) Cánovas, contra tal excitación, que no conduce a nada práctico.

Recuerdo que en un estado semejante escribí un artículo titulado Balart, poeta... y a poco (verdad es que sin conocer el artículo), -59- el Sr. Balart me salió con un escobazo y diciéndome que ya me guardaría yo muy bien de tal y de cual.

¡Ay! No se puede ser romántico, ni nervioso, ni sensitivo.

Hay que ser naturalista, como Doña Emilia Pardo, y tener una salud de roble, como dicha señora, salud que se haga hasta antipática de puro sana; y hay que tomar con mucho calor las quisicosas de la vecindad literaria; por ejemplo, empeñarse en que le hagan a uno monja en clausura, o académico, o por lo menos que se lo hagan a la Sra. Arenal, que es lo que ahora pide Doña Emilia, por aquello de que... pobre que pide por Dios, pide por dos.

La sensiblería no lleva a ninguna parte; por lo cual, en otra ocasión demostraré a la voz de marras que tengo derecho, y en cierto modo deber de engendrar el dolor, dentro de ciertos límites, porque... ahora que es de noche y va a amanecer no se me ocurren argumentos.

Pero cuando sea pleno día y no me tenga -60- miedo a mí mismo, ¡oh, entonces!, ya me vendrán a la pluma razones de peso; como aquella de:

...ces haines vigourees
que doit donner le vieux âmes vertueuses...

Del Quijote
Notas sueltas

Acabo de leer el Quijote otra vez. Soy de los que cumplen, en realidad, con aquel buen consejo de leerlo cada dos o tres años.

Carmen nostrum necessarium llamaba Cicerón a las Doce Tablas, que los buenos romanos aprendían de memoria.

El Quijote debiera ser el Carmen nostrum necessarium de los españoles.

Por desgracia, no lo es. Hay que confesarlo; entre nuestras muchas clases de decadencia hay que contar también esta; decae la lectura del Quijote.

En los escritores nuevos -62- se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, y el mejor que en su género tiene el mundo.

Se siguen citando ciertos tópicos quijotescos, las aventuras más sonadas; pero los más se conoce que citan... sin haber leído, como se repiten los refranes históricos sin saber de dónde vienen. Casi siempre se citan las mismas cosas; las más de la primera parte, y otras pocas de la segunda, que siempre son las mismas.

Una confesión general de los españoles declarando si han leído el Quijote entero y cuántas veces, nos daría un doloroso desengaño. Más vale que esa confesión sea, de puro difícil, casi imposible.

* * *

Un escritor francés, no despreciable, decía no ha mucho estas o parecidas palabras:

«¡Pobre Don Quijote, cómo se le va olvidando!».

Yo creo que en la vida intelectual contemporánea, el Quijote influye mucho menos -63- de lo que podría; porque, en efecto, es poco leído. Ciertas apariencias que un candoroso patriotismo se apresura a convertir en substancia nos dan la ilusión de que los grandes espíritus extranjeros leen mucho a Cervantes. Pero no hay tal cosa. Y es lástima, porque jamás ha habido tiempo (hablo de las alturas intelectuales) en que el Quijote pudiese ser comprendido, sentido y aprovechado tan bien como en el nuestro.

Mil veces, leyendo a mis filósofos, sabios, poetas y novelistas favoritos, de extrañas tierras, he pensado: ¡Qué lástima que este espíritu no hubiese penetrado y recordado bien el de Cervantes! La cita del Quijote estaba muchas veces indicada... y no venía. En Carlyle, en Renan, por ejemplo ¡cuántas veces la asociación de ideas llamaba al ingenioso hidalgo... y no venía!

Fuera de aquí, como aquí, las alusiones quijotescas abundan; pero en lugares comunes de generalidad evidente, que no revelan el directo e íntimo estudio del Quijote.

* * *

-64-

Shakespeare ha tenido mejor suerte. Ha sido estudiado, descubierto por la gran crítica, aun fuera de la misma Inglaterra, principalmente en Alemania. Shakspeare², traducido en alemán por un gran escritor, Shakspeare escribiendo en una lengua de genio semejante, en parte, al nacional alemán; Shakspeare interpretado, comentado; adorado por hombres como Schlegel y el Júpiter de Weimar, llegó a ser en el continente casi tan gustado y penetrado como en su isla.

Para Cervantes... ¡cuán distinta fortuna!

Verdaderamente familiarizado con él, yo no conozco a ningún grande hombre... Un día, en Covadonga, lugar sublime, pensé algo semejante: ¡Aquí no ha estado jamás ningún grande hombre, de esos de primera clase verdadera, de los que saben leer en la Naturaleza todo o casi todo su simbólico misterio!...

Llegar a Covadonga, mirar a la cueva, ver y oír la cascada... (y no ver las mil profanaciones que hay en torno), hace un efecto... -65- épico, semejante, no sé por qué, a los tercetos del Dante. ¡El Dante en Covadonga... creyendo, como creería, en algo de Covadonga... y viendo aquello!...

No, en Covadonga no ha estado el Dante, ni cosa parecida.

El Quijote no lo ha visto, como él merece, ningún Gøethe. A Cervantes le pasa muy en grande lo que, no en pequeño, le está sucediendo a Pereda, y le sucedería a Zorrilla si quisieran traducirlo...

A Pereda le tienen asco los traductores en cuanto son un poco discretos.

Ven que aquel español tan español y tan de su amo... en rigor no se puede traducir.

A Cervantes le han traducido; pero... ni siquiera un Pope o un Chateaubriand... un Viardot, por ejemplo; y Cervantes, por su españolismo, es un Pereda elevado al cubo. De otro modo: Don Quijote, no siendo en castellano, no es ni la sombra de Don Quijote; no se puede penetrar todo lo que en idea-forma y en forma-idea vale el Quijote, sin tener el castellano en los tuétanos.

-66-

Y yo no sé de ningún grande hombre extranjero (digo grande hombre, no digo erudito) que haya sabido el castellano de esa manera.

En tal sentido, lo mejor de Don Quijote está por descubrir.

* * *

Es claro que halaga mucho ver de cuando en cuando uno de esos elogios fervorosos, sinceros, que un gran pensador, un gran poeta extranjero, dedican incidentalmente al Quijote. Pero, ¡es eso tan poco en comparación de lo que sería si esos mismos hombres pudieran gozar del libro en todo lo que vale!

Lo común es que los más sustanciales y originales de esos elogios se refieran a la quintaesencia quijotesca, más o menos simbólica y subjetiva. ¡Y el mérito grande del Quijote no está ahí; es un mérito estético, literario, que brota en la forma, aunque viene de muy adentro!

¡Cuánto, por ejemplo, le agradecí yo a Boileau un espontáneo elogio de Cervantes en una carta a Racine, si no recuerdo mal!

-67-

Y a Heine, al querido Heine, ¡con qué ternura le admiré y amé allá en mi juventud, cuando llegué saboreando su hermoso lirismo, a aquel pasaje en que cuenta su entusiasmo por el caballero andante, y la lástima, la caridad que le inspira!

Y hace poco, ¡qué emoción tan fuerte y dulce la mía, al ver a Tolstoy³, al extraño, pero simpático místico... o lo que sea, penetrar, a fuerza de genio, la sublimidad (¡verdaderamente asombrosa!) del último capítulo del Quijote, de aquel resucitar a la razón de Quijano el Bueno!

Todo eso -con otro poco así que hay- es algo... pero casi nada, comparado con lo que debiera ser, con lo que sería, si Europa pudiera conocer a Cervantes tan bien, tan íntimamente, como conoce a Shakspeare.

A Cervantes le pasa con los extranjeros lo que le sucedería a Wagner... si hubiera que conocerle por las compañías de ópera de la legua...

* * *

-68-

¿Y los de casa?

Sin entrar a ver si aquí hemos tenido Goethes, Heines y algún Tolstoy que otro, me apresuro a señalar el hecho de que ningún gran pensador, crítico o poeta, ha estudiado profundamente a Cervantes.

No entra en el asunto de estas notas una burla cruel e injusta de los cervantófilos ordinarios que todos conocemos, y a muchos de los cuales apreciamos.

Si no a todos, a no pocos de ellos hay que perdonarles sus extravíos por la misma causa que hizo a Jesús perdonar los de la Magdalena.

Ni siquiera a los que han arrimado el ascua del cervantismo a la sardina de la propia vanidad o de las propias preocupaciones me decido a quererlos mal; pues tratándose del Quijote, el enemigo único es el que no lo conoce pudiendo conocerlo.

Harina de otro costal son los eruditos, sin manía, que han ilustrado la vida y obras del Manco de Lepanto, descartando a los pedantes insufribles y cortos de vista; para -69- los eruditos esos no puede haber más que respeto, gratitud y... asiduo estudio de sus indispensables noticias.

Sin el trabajo minucioso y prolijo de la erudición literaria, que respecto del Quijote ya está hecho en gran parte, no se podría avanzar seriamente en una crítica más honda, psicológica y estética. Los eruditos, pues, han preparado el terreno para esa otra crítica... pero no han entrado en él; y los más prudentes, discretos y sabios no lo han intentado siquiera.

Creo que era Menéndez y Pelayo quien no hace mucho lo reconocía así; y hasta me parece que invitaba a D. Juan Valera a emprender tal camino, que nadie, con justicia, podrá llamar trillado.

Cosa rica sería, en efecto, un libro de Valera dedicado al Quijote por dentro, y acaso es el español de hoy más a propósito para tal empeño el autor de Morsamor...

* * *

-70-

En mis sueños de loca ambición vanidosa, de esos de que después nos da vergüenza, aun sin habérselos contado a nadie, no pocas veces se me ha

ocurrido a mí dedicar mi vejez, si llego a ella, a escribir un libro que se titulase Cervantes. Más de la mitad de él sería para el Quijote... Le decía Un bachiller a Mefistófeles, creyéndole Fausto (El Fausto, -segunda parte):

«Mientras que nosotros (los jóvenes) hemos conquistado la mitad del mundo, ¿qué habéis hecho vosotros? (los viejos). Dormitar, reflexionar, soñar, pensar; ¡planes y siempre planes!».

Pues en esa edad a que me acerco, quisiera yo que este progreso indudable del juicio que siente uno dentro de sí (a cambio de tantas cosas que se van perdiendo) me hiciese digno de comentar el Quijote; no con los propósitos de un Clemencín -aunque sí aleccionado por la erudición de todos los Clemencines que hiciera al caso- sino con fines de psicólogo, estético y moralista.

No querría yo más recompensa que, para -71- entonces, mi conciencia primero, y además amigos como Menéndez y Pelayo y otros pocos que me creyeran maduro ya para atreverme a decir algo del Quijote, con prudencia, sin sobresaltos de neurasténico, me aconsejaran tal empresa.

Mucho hay de vanidad en todo esto -atrás queda reconocido-, pero si alguna disculpa puede tener mi soñado atrevimiento es el considerar cómo la experiencia propia me ha demostrado ser verdad eso, que tantas veces se dice, de que la lectura repetida del Quijote es una medida del adelanto de la propia psiquis.

Sí, sí; yo, por lo que a mí toca, lo juro; he observado el fenómeno.

Siempre que vuelvo a leer nuestro libro, la Biblia profana española, veo en él cosas nuevas, cada vez más sustanciosas, más profundas. El libro siempre dice lo mismo, pero yo lo voy entendiendo más y mejor, según la vida va enriqueciendo mi experiencia con acciones y pensamientos.

¿Por qué en sueños de ambición a lo menos, -72- no he de atreverme a desear que mi vejez aumente el peso de mis reflexiones serias, saque el jugo mejor de mis lecturas, y por esto la del Quijote entonces me haga ver en él algo que no sea indigno de que los demás lo sepan, aun siendo obra de quien ni siquiera puede llamarse sin eufemismo, una medianía?

Por sí o por no, y por si yo llego a la suprema età en aquel estado en que el mismo Marco Aurelio ve cosa tan triste que sólo le encuentra como remedio el suicidio, bueno será que D. Juan Valera, que llegó joven a la vejez, nos deje algo de lo que a él le hace pensar y sentir el Quijote.

-73-

Jorge
Diálogo, pero no platónico

¿Qué hay de libros nuevos? -me preguntó Jorge, suspirando como distraído, dejando de pensar en mí y en lo que me había preguntado.

Estaba pálido, ojeroso, con cara de sueño y de mal humor. Yo le miré con atención y fijeza, y dando cierta intención maliciosa a mis palabras,

contesté:

-Acabo de ver que Carlos Groos, ya sabes, el docto alemán que publicó en 1896 *Die Spiele der Thiere* (Los juegos de los animales), -74- publica ahora *Die Spiele der menschen* (Los juegos del hombre).

-¡Sí!, ya me acuerdo... Los juegos de los animales... no hay más juego que ese. Porque... ¡valientes animales son todos los que juegan!

-Hombre, no juegues tú con el vocablo...

-Ya sé que es feo jugar de boca... Y, en rigor, está prohibido... Véase el artículo...

-No digo eso. Juegas con el vocablo; porque animales...

-¡Sí!, ya te entiendo. Se trata de los animales... no humanos. Bueno, pues el señor Groos los calumnia. Los animales no juegan. Sólo juega el hombre, que es el único ser metafísico y jugador. Es un efecto de la dichosa evolución. ¡Qué remedio! Yo quería corregirme, dejar el vicio... pero... imposible... Es cosa de la herencia... de la raza. Lo he leído en Ihering, en la *Historia de los Indo-europeos* antes de la separación. Aquello desconsuela. Nuestros patriarcales y bucólicos ascendientes remotísimos... eran unos empedernidos jugadores. Mataban el tiempo, -75- el tiempo monótono de aquella vida lacia, sin variedad, sin emociones nuevas, jugando y jugando... Y esto, generaciones y generaciones... ¡Ya ves! ¿Quién puede más que el hábito incrustado en la herencia?... Pastores... y jugadores...

-Basta de disculpas prehistóricas y darwinistas... No me has entendido, o no has querido entenderme... o todo te sabe a lo que te pica. El juego de que habla Groos no es ese; es el juego como diversión o recreación, según dice el Diccionario, en que no se persigue otro propósito que la distracción misma...

-A propósito del Diccionario. Los que hablan mal de ese libro académico, no conocen su gran mérito. Es un libro de moral... A lo menos a mí casi me convirtió. Verás lo que pasó. Un día, viéndome encenagado en el pícaro juego, sin poder remediarlo, convencido de que eran inútiles los propósitos de enmienda, quise saber a lo menos cómo se definía académicamente el vicio que me dominaba y me fui al Diccionario oficial y

-76- leí: «Juego, pasatiempo, recreación, aquello que se hace por espíritu de alegría y sólo para divertirse y entretenerse». No era esto: ¡mi juego no era pasatiempo ni alegría!, ¡era un infierno!... Seguí leyendo: «Ejercicio recreativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde». Lo de ejercicio no me llenaba, porque ¡se hace tan poco ejercicio pasando doce horas sobre el tapete verde! Y lo de «se gana o se pierde», no es exacto, porque muchas veces se queda... a juego, ni se pierde ni se gana. Si el banquero abate con nueve y yo también... ni pierdo ni gano. Y si salgo del Casino con el mismo dinero con que entré... ni pierdo ni gano. «Para darle mayor aliciente -continúa el diccionario-, aventúrase en él con precaución algún dinero». Los académicos deben de ser peseteros por la manera de hablar. «Merece reprobación -sigue la Academia- cuando la ganancia o la pérdida puede ser importante; cuando se juega por vicio o cuando el jugador no tiene por objeto divertirse o entretenerse sino hacer suyo el dinero ajeno». Al leer esto -77- sentí toda la sangre en el rostro: ¡estaba muerto de vergüenza! ¡Qué lección inesperada me daba el léxico oficial! ¡Cuánto había leído yo contra el juego! Pero

nunca aquella bofetada de moralidad me había azotado el rostro. Tolstoy con su moral de maniaco, combatiendo, lo mismo que el juego, el vino, el tabaco... el servicio militar y el trabajo, no me había hecho sonrojarme. Siempre que se atacaba el juego como vicio, yo me disculpaba con la decencia que pueden tener los viciosos. El juego me parecía diabólico, pero noble, jugando como caballero, es claro. ¡Cuántos sofismas habré inventado yo para disculpar mi vicio! Le había encontrado analogía con mil cosas malas, pero no bochornosas. Así como el amor ilegal es pecado, pero no sórdido, no bajo, el juego me parecía incompatible con la vida económica, ordenada de la sociedad... pero no infame, no vil, no mezquino; sin relación con la codicia, con el robo. ¡Jesús, el robo! Y de repente el Diccionario ¡zas!, me daba aquella bofetada... ¡No me había fijado! Al juego se iba para hacer -78- suyo el dinero ajeno... Era verdad, a eso se iba. Lo mismo que los usureros y que los ladrones... para hacer de uno el dinero ajeno... contra la voluntad de su dueño también; porque nadie tiene voluntad de perder. ¿Que se expone el dinero propio en cambio? También el avaro expone la salud, la vida; el usurero se expone a quedarse sin lo prestado, y el ladrón... a ir a presidio. Sí, ¡no cabe duda!, el juego es eso, desear quedarse con el dinero ajeno. ¿Querrás creer que me dio asco el juego? Vi en mí un pecado de la índole ruin de que siempre me había creído libre; un pecado sórdido de injusticias con el prójimo, de repugnante psiquis... (Pausa.)

-¿Y qué?

-Pues nada. Que estuve sin jugar... mucho tiempo.

-Mucho, ¿eh?

-Sí, ¡varias semanas!

-Pero, ¿cómo volviste a lo sórdido, a lo ruin, a lo que... (perdona, tú lo has dicho) se parecía al robo?...

-Verás. Eché mis cuentas. Según mis -79- cálculos, yo, en conjunto, llevaba perdido mucho más dinero que ganado. Todavía me tenían por allá algunos miles de duros. Iba por el desquite. Iba por lo mío. Aquello no era jugar, y no hacía mío el dinero ajeno... sino el mío.

-Vamos, sí, les habías hecho una señal a las monedas y a los billetes, y cuando no eran los tuyos los que ganabas... los devolvías.

-Ya sabes que el dinero se considera como cosa fungible...

-Pues ¿entonces?... Además, tus deudores (!), es decir, los que te habían ganado a ti, ¿eran los mismos a quienes tú ganabas?

-Ese argumento tiene menos fuerza que el que empleó para anonadarme la pícara realidad...

-¿Y fue?...

-Que aquellos señores, que no eran los que me habían ganado... me ganaron también. (Nueva pausa.)

Me daba lástima del pobre Jorge. No quise molestarle con nuevas observaciones -80- virtuosas tan fáciles de encontrar. ¡Es tan fácil lidiar los vicios desde la barrera cuando no se tienen!

-¡El juego! -continuó el jugador-. Los filósofos no saben lo que es.

Montaigne, que ha hablado de tantas cosas, de tantos vicios, no tiene ningún capítulo dedicado al juego. Montaigne hablaba de lo que sabía, de lo que había experimentado. Renan se queja de que los filósofos no han tomado el amor en serio del todo, y su verdadera filosofía está sin hacer.

Y es verdad. Y la causa será que los filósofos no suelen enamorarse de veras. Lo mismo les pasa con el juego. ¡La estética del juego!, existe, pero no es ese de que hablan esos libros nuevos... Como que el juego... no es juego... no tiene nada de juego, en ese otro sentido de finalidad sin fin de que ya Kant hablaba. No debiera usarse la misma palabra para cosas tan diferentes. Una opinión, muy generalizada entre los estéticos, es que el arte... es juego. Schiller, en sus célebres cartas sobre la ciencia de lo bello, siguiendo a Kant, desenvuelve admirablemente la teoría...

-81-

-Sí; y ahora la estética de tendencia positivista, y mejor acaso la que estudia lo bello y el arte en su aspecto psico-fisiológico, sigue el mismo criterio. Spencer, como es sabido, también admite la teoría del arte del juego...

-Y se ha dicho que el juego es un exceso, una sobra de vida..., lo mismo que se ha dicho del amor. Renan le preguntaba un día a Claudio Bernard por el misterio del amor, y el gran fisiólogo le decía: «No; no hay cosa más sencilla que el amor; es la vida que sobra...». De modo que amor y juego son plétora, lo que rebosa...

-El juego, según este Groos de que hablábamos, es un ejercicio natural de los aparatos sensoriales y de los motores, de las facultades del espíritu (inteligencia se entiende) y de los sentimientos en atención al placer... La actividad, por el placer mismo de la actividad, tal es el juego...

-¡Qué cosa tan diferente del otro juego, de mi juego! El jugador no busca el placer... y en eso se engañan muchos que ven las cosas -82- desde fuera... Busca la ganancia; sólo que la busca en la forma picante, misteriosa, inexplicable... de la suerte. ¡La suerte! Estoy por decir que el jugador es un metafísico apasionado, que interroga de cerca y con interés el misterio metafísico en cada jugada... ¿Hay ley? ¿No hay ley? ¿Es casualidad? ¿Qué es casualidad? ¿La Providencia se mezcla en estas cosas? ¿El cálculo de las probabilidades hasta dónde sirve?... Y después... ¡una cosa terrible! Lo que a mí, al fin, me ata al juego hasta por la filosofía... quiero decir, por el sofisma, es... que la vida es juego. Sólo el que aspire al nirvana, a la abulia, a la apatía, puede decir que no es jugador. Los demás todos juegan. La vida y la muerte son un modo de copar la banca. Cada latido del corazón es un golpe de fortuna, una carta que se juega; cada vez que respiro puedo perder o ganar la vida... La riqueza o la miseria... juego...; el mérito... juego. ¿De dónde vienen las judías y las cristianas, los nueves o las figuras?... Del misterio, del horrible cincuenta por ciento..., del -83- abismo que se llama pares o nones, cara o cruz...

«Esto... o lo otro». En esa o, en esa disyuntiva está el símbolo del juego... y de la existencia... Voy ahora a casa...; ¡mis hijos, mis entrañas, estarán durmiendo... o muertos!... ¡Quién sabe!... Están durmiendo; ¡bien! ¡Qué hermosos! ¡Qué inocentes! Pero, ¿mañana? El porvenir, la carta que les tocará... la vida que les espera... ¿Qué puedo yo para conseguir su dicha futura? Todos mis cálculos, mis previsiones, mis cuidados, mis ahorros, ¡inútil martingala! Mis esperanzas... ilusión, como las supersticiones del jugador... En el fondo de la magna cuestión del libre albedrío, de la libertad y la gracia, de la libertad y el determinismo, de la filosofía de la contingencia, que hoy da nombre a una

escuela, lo que se ve es el quid del juego... No; el juego, el mío, no es diversión, no es broma, no es desinterés, no es finalidad sin fin... Es todo lo contrario; el interés, la ganancia, el egoísmo en lucha con la suerte...; lo mismo que la vida non sancta, -84- que es la vida de casi todos. Los grandes hombres, los héroes, decía Carlyle, toman la realidad, el mundo, en serio; no son dilettanti. Lo mismo el jugador. El azar, para mí o contra mí... Esta es su idea, siempre seria, siempre con fin, siempre interesada...

Sin embargo, en el juego, no el tuyo, el otro, el juego por el placer de la actividad, se llega, según nuestro autor, a lo que él llama el placer del mal, a jugar con el propio dolor. Además, hay la catarsis de Aristóteles, el placer de la calma tras la borrasca...

-No; no importa. Ni por ahí existe afinidad entre los juegos y el juego. El jugador no busca el dolor del juego, que es grande, por el dolor, por el placer de saber que es un dolor buscado, querido; no; porque él sabe bien que la pasión le domina y que aquel dolor no es voluntario; y además tolera el dolor por la esperanza de ganar, no por el gusto de poder triunfar de él. En cuanto a la catarsis, no tiene aplicación... Porque la calma, para el jugador nunca llega. Todo es borrasca. Después de ganar... quiere, necesita -85- ganar más. Es un judío errante; no para nunca su ambición.

-Groos habla también de juegos guerreros, los del placer de luchar, de vencer a un contrario...

-Tampoco en eso hay afinidad entre los juegos y el juego. En La Traviata, el tenor juega para ganar a un rival... Eso es música. El jugador de veras no quiere el dinero de Fulano, quiere el dinero; en el juego hay disputas, pero no hay rivalidades, ni personalismos, ni rencores; no hay más enemigo que la contraria; suerte, ganancia, pérdida. Esas son las categorías.

-Pues Groos dice textualmente que las apuestas son juegos guerreros, y los juegos de azar apuestas intelectuales. El juego de azar tiene, para él, tres elementos: el placer de ganar, que crece con la importancia de lo que se arriesga; el placer de una excitación fuerte, y el placer de la lucha...

-Sí; pistolas de salón, de viento. Ese juego, lo hay... la lotería de los viejos... ¡y aún! No; en el juego verdad no se reciben esas -86- emociones pueriles; se quiere dinero, ganancia, y se quiere por el único camino del jugador: la suerte.

Que salga cara, si jugamos cara; que sean pares, si jugamos pares... y no por acertar, sino por ganar. Suerte, interés, eso es todo. ¡La excitación fuerte! Esa no es incentivo, aunque el jugador cree que sí. Es un castigo; es una maldición del juego, como el remordimiento, la vergüenza de perder después. Desengáñate, el juego... no es broma. Es como la vida; es como la metafísica... La vida racional quiere penetrar en el misterio para saber de su destino, porque teme y quiere esperar ser feliz... El jugador, igual. Ser o no ser, esa es la cuestión... Venir o no venir... esa es la cuestión. Estar a la que salta; eso hace el jugador, y eso hace el que no renuncia a las contingencias de la realidad: O ser santo... o jugar...

.....

La leyenda de oro

Un nuevo capítulo de la vida de San Francisco de Asís, por Pablo Sabatier
(en francés)

París, 1896

- I -

Mi querido Elíseo: Quiero que me envíe usted libros que me acompañen en la soledad de mi aldea, donde me encierra, por todo un invierno de malas trazas, el deber de buena hija que no puede ni quiere dejar a su padre solo. Cumplo el deber, gozo la tenue alegría de hacer lo que me toca en materia nada heroica; pero me aburro. No tengo yo la culpa. El campo es para mí, si lo miro del lado de la prosa, el que ven todos los que me rodean: un enemigo insoportable; -88- no nos entendemos; nos aborrecemos. Andando por esos prados y montes, me siento en ridículo por mi debilidad, mis aprensiones y sustos de nerviosa, mi falta de maña para todo lo manual, mi vista corta y siempre víctima de aberraciones. Me humilla, además, esta absoluta ignorancia de las cosas útiles que veo y toco. Apenas puedo dar nombres propios a los trastos de la labranza, a las hortalizas, a los árboles, a las hierbas; todos los aldeanos me parecen el mismo; el campo, así considerado, me repugna; él me rechaza. Me caigo en todas partes, me pincho, me mancho, me constipo. Soy todo lo contrario de Robinsón. Yo, sola en estos sitios, no duraba ni tres días... El campo, desde el punto de vista poético, transcendental, simbólico, literario, estético, metafísico... me asusta. Porque me impresiona demasiado; me hace sentir cosas muy hondas, muy tristes, por su misma grandeza... nebulosa. Me hace pensar demasiado... estar poco contenta de mí misma... También me humilla la naturaleza vista así. Y tengo pereza de volver a padecer soñando... -89- Ya voy siendo vieja, con mis veintiséis años, tan llenos de ilusiones, cavilaciones y lecturas... malsanas. Sí, malsanas. Ahora lo comprendo. Antes halagaba mi orgullo esto que la soledad de mis montañas me hacía sentir y pensar. El no ser una de tantas era un placer íntimo que compensaba los dolores de mis meditaciones y réveries melancólicas... Ahora... todo eso es agua pasada. No me creo más por cavilar más que cualquiera de esas señoritas vecinas de estos valles, que sueñan con los bailes de la capital del distrito, cortan vestidos por los figurines y tocan el piano con mucho sentimiento. Soy de otra manera, pero no soy mejor. ¿Qué soy yo, en resumidas cuentas? Confesémoslo: una bas bleue... solapada, subrepticia; una literata que viaja de incógnito. No publico mis ideas, mis sabidurías... ni suelo siquiera escribirlas; pero

dentro están. Soy, ¡horror!, una mona sabia de la... prensa... in fieri (¡qué vergüenza, hasta sé lo que es in fieri!). No tengo yo la culpa. He vivido entre ustedes; me han dejado revolver libros, revistas de -90- mi padre, de usted, de otros amigos... Después, acaso la herencia, ¿qué sé yo? El caso es que no puedo serme más antipática. Compadézcame usted en esta situación; o el campo-prosa, mi enemigo, o yo literata, repugnante a mis propios ojos. Del campo-poesía, no hablemos. Eso lo último. Me asusta, repito. No quiero, no quiero sentir otra vez aquellas cosas... que, además, ahora, sentiría de otra manera... más gastada, más recelosa, más cansada de la tristeza y de la duda que traen los pensamientos sutiles, complicados, o vagos... indecisos... Usted me entiende. ¡Oh!, eso ya lo sé. Menos mal. En consecuencia de todo lo dicho, mándeme usted libros. Pero libros... que no sean literarios, ni útiles, ni de pensar mucho, ni de ponerse triste, ni menos de bromas y bobadas. ¡Ah!, y nada de novelas, ni buenas ni malas. Prefiero la historia... aunque tampoco la leo cuando tengo este humor. La historia... Sí; volvería a ella si no fuese de hombres, de picardías, de lucha por la existencia... No; no estoy para eso. Libros... ¡de -91- otra cosa! No quiero versos. Para eso tengo la naturaleza de marras. Quiero... yo no lo sé. Pero usted lo sabrá, que para eso ha sido en cierto modo mi maestro de literatura... malsana. -ELISENA

- II -

Mi querida Elisena: No te mando libros... porque ahí los tienes; no te quejes de los libros que posees, sino de los que te faltan. No es lo malo ser letrada (dejemos lo de literata), sino serlo de mala manera. Si leyeras como la hermana de San Leandro, no te sentirías hastiada de las letras... «Ut postquam oraveris, legas; et postquam legeris, ores». Sí, componte de modo que, después que hayas orado, leas; y después que hayas leído, ores. Tú no has hecho más que leer y leer... y no has orado, o lo has hecho mal, distraída, o exaltada; te falta el ten con ten de discurrir y contemplar, de entender y de amar... Vamos al remedio. No tires al alto esta carta al llegar aquí, creyendo que, como Hamlet a Ofelia, te mando meterte en -92- un convento, ni mucho menos te aconsejo que te dediques a neomística, decadente, de la clase de degeneradas, según Nordau; nada de eso. Lo que has de hacer es lo que sigue:

Sube al despacho de tu padre; en aquel rincón de la biblioteca donde están los pocos libros de la familia de tu madre (q. e. p. d.) busca una obra en cuatro tomos, en cuarto, de canto dorado, con el lomo muy pintado de arabescos, dorados también. Aquello es La leyenda de oro. Pues eso. ¿Te quejas? ¿Te parece ñoño, viejo, naif, el libro? ¿Qué dirías si te mandase buscar en el estante de los libros vetustos Leyenda áurea, por Santiago de Vorágine?

Así como cuando te daba a leer el Amadís de Gaula, no te pedía que imitases a la madre del caballero andante, tu tocaya, siendo monja en casa, sin votos y sin rejas, para acabar por ser enamorada sin penas ni

recato, tampoco te pido ahora que pretendas emular las virtudes de los Santos cuyas vidas vayas leyendo. A tu edad, y con tu experiencia literaria, ya no se lee por copiar, -93- ni de obra ni por escrito, lo leído. La lectura para el que sabe distinguir la vida de los libros, ya no es una sugestión hipnótica, sino una influencia de aluvión, a la larga y sin extremos. No quiero que te excites con el ejemplo de la santidad como una chiquilla histérica de quince años. Nada de pasiones de colegiala. No lo temo de ti. Lo que busco es un calmante. Cierta virtud sedativa. En el mundo no ha vivido racionalmente nadie más que los buenos. Todos los más, genios, conquistadores, sabios, poderosos, si no han ajustado su conducta a la ley del deber como pensamiento capital, constante, han vivido como locos.

Hay un no sé qué de desmayado y feo, pueril y superficial, en el espectáculo que ofrece el mundo que piensa en todo, profundiza en todo, prevé, previene, acierta, tramita, sabe, goza, y sólo se olvida de sujetarlo todo a una regla superior de obligación, penosa las más veces, siempre presente, siempre eficaz. No ser santo es deslucirlo todo. Hastío, cansancio, desengaño, -94- duda, vacilación, náuseas morales como las que tú sientes... ¡Es natural! Porque no somos santos. Pensamos bien, vivimos mal. De ahí el tormento. Esa humillación en que te ves ante la naturaleza poética, honda, metafísica, y ante el campo útil, aldeano, montaraz, nace de eso: de que pensamos como sabios y vivimos como necios. Cuando hayas leído los cuatro tomos de La leyenda de oro, verás que allí lo más notable no es la forma histórica de las creencias de los buenos, sino el fondo de la virtud, siempre igual, siempre en lucha dolorosa con tendencias pecaminosas, con debilidades de la carne; y, después, victoria del ánimo piadoso y humilde. No quieres leer historia porque está llena de picardías... pues La leyenda de oro está mezclada con la historia; habla también de tiranos, de sangre, errores y pasiones terribles... y de camino va trazando una estela de luz entre todas estas tinieblas, la vía láctea espiritual de los innumerables mártires. ¡Sí; cuántos mártires, cuántos buenos, humildes, en pueblos -95- y más pueblos! ¡Qué sublime democracia la de los héroes de La leyenda de oro!

Un librepensador superficial verá en esas historias biográficas, la superstición, las fórmulas idolátricas, los pecados convencionales, las virtudes inútiles; llamará muchas veces tontos a los santos; pero tú, aunque piensas a tu modo, no eres superficial, si quieres no serlo, y sabes dar al símbolo respetable, lo que es del símbolo, y olvidar la limitación intelectual en gracia de la grandeza ética.

Acaso te impacientes, y digas: -¡Es esto tan largo, tan monótono! Estos justos se parecen como gotas de agua; abrumba esta virtud tan poco accidentada, nada pintoresca. Y además, ¡son tantos! Edificarían más si fuesen menos; pero después de leer cientos y cientos de vidas perfectas... parece una vulgaridad la perfección.

Así hablará tu vanidad y así hablará la envidia. En esa abundancia monótona está lo más eficaz del efecto saludable que busco. Por de pronto, la ausencia de lo pintoresco -96- te hará ver que no se trata de un recurso más para distraerte, para alimentar la curiosidad estética. No es que no haya belleza, y belleza sublime, en el fondo de las vidas de santos reunidas en el montón confuso de La leyenda de oro; pero no es belleza

rebuscada, artificial; se nota después de prescindir de buscarla... El santo es bello... por añadidura. El santo dilettante que buscara en su virtud efectos estéticos, merecería siempre la censura con que San Francisco castigó la afectación de uno de sus compañeros. Tomás de Celano, el autor del *Dies irae*, el primer historiador del Cristo de la Edad Media, hablando de este caso, dice: *Cavenda singularitas, quæ nihil aliud quam pulchrum præcipitium est...*; hay que guardarse de la singularidad, que no es más que un hermoso precipicio.

Sí, mi querida Elisena: la belleza de la santidad está en el fruto, no es una flor. Una leyenda de oro, con adornos literarios, escrita con coquetería mística, sería una equivocación artística. Así como los clásicos tienen un género de belleza que no echa de ver -97- el vulgo moderno, belleza que está escrita con cierta serenidad y sencillez principalmente, así la hermosura de La leyenda de oro está en recóndita región a que sólo llega el espíritu moralmente clásico. Créeme que serás mejor, y no sólo esto, sino más sutil en el gusto, cuando llegues a leer con detención todas sus páginas monótonas, que no se cuidan de halagar el gusto del esteta superficial ni de atenuar las creencias que chocan al librepensador frío, intolerante y geométrico.

Y ahora insisto en hacerte pensar lo que importa el que sean muchos los santos, larga la historia de tanta obra buena.

Tú, de seguro, te crees en el fondo, de una élite moral, uno de los seres excepcionales que hay en este mundo tan lleno de morralla intelectual. Aunque sea a costa de dolores, injusticias y sacrificios, siempre halaga ser, o creerse, miembro de una aristocracia moral.

Esta opinión, tan generalizada entre pensadores y artistas, de que son unas cuantas docenas en el mundo las personas espiritualmente -98- distinguidas, aparte, dignas de sendas torres de marfil, es en el fondo pura vanidad, que se viene abajo repasando la historia de los santos ingenuos, incapaces de la pose de que difícilmente se libran filósofos y artistas. Los santos, no sólo son docenas, son miles; y son mucho más distinguidos y aparte que los más refinados estetas y catadores de quinta esencia. Yo no te niego que el burgués, el philistin, el snob, etcétera, etc., existen y sean cosa muy diferente de los Flaubert y otros como él, que tanta importancia han dado a esta separación de razas morales. Pero no es gran cosa sentirse superior, comparándose con la turbamulta de almas groseras, apenas diferenciadas de la pura animalidad, seres egoístas, instintivos que por todas partes nos rodean. Compárese el más delicado en materia de distinción intelectual y estética con cualquier santo, por inocente que este sea, y verá que esa santidad supone una verdadera y superior selección espiritual, sólo por el hecho sublime de creación en que consiste la práctica de la -99- virtud. El paso de la teoría a la obra es la más grande creación artística; no hay más delicado y fino arte que el hacer un poema del bien obrar de la propia existencia, y eso hacen los santos. Las misteriosas grandezas que al justo le pasan por el alma para fortificarle en la virtud y hacerle perseverar en la victoria sobre el egoísmo, el pecado, la tentación, son lo más hermoso, selecto, exquisito en la belleza que podemos imaginar en lo humano; y todas las profundidades y complicaciones estéticas del alma escogida que no llega al bien obrar constante, a la lógica de la práctica, a la ecuación del

pensar, sentir y hacer, son bien poco, en frente de la realidad de la vida justa.

Creo demostrado que los santos son mucho más estéticos, refinados en lo bello y distinguidos que los más alambicados psicólogos de la vida contemplativa, profana, artística, que contradicen con hechos pecaminosos, mezquinos, la grandeza de sus pensares.

Pues si los santos son más élite que los artistas y pensadores, ¡qué lección para la -100- vanidad de estos que se creían lo mejor, y no pasan de algunas docenas, ver que ha habido centenares y centenares de espíritus mucho más finos y clásicos, selectos, la multitud de santos, los innumerables mártires!

Por eso te decía que cuantos más bienaventurados, mejor. Que te abrume la muchedumbre de santos...; eso es lo que conviene para que te encamines a la humildad, que no tiene nada que ver con esa humillación que sientes ante la naturaleza poética... y ante la naturaleza prosaica. Y basta de sermón por hoy. Tu amigo y consejero, -ELÍSEO.

- III -

Amigo Elíseo: Videor meliora, proboque, deteriore sequor. Quiero decir, que su carta de usted me hizo ponerme como una amapola. Es usted un buen predicador... de lija. Los sermones de usted son buenos para encender cerillas. Pero... deteriore sequor, esto es: tiene usted razón en todo... pero no me -101- decido a tragarme así, de repente, los cuatro tomos a dos columnas de La leyenda de oro.

Necesito, por lo menos... una propedéutica, como ustedes dicen. Una introducción, como dice mi primo el krausista. Me gusta eso de leer vidas de santos, no para procurar así, de buenas a primeras, ser como ellos; pero así como se dijo «calumnia, que algo queda», comprendo lo de «edifica, que algo queda». Aquello de Pascal de comenzar por cumplir con las ceremonias y preceptos rituales de la fe positiva, aun antes de creer, tiene su parte de mala pedagogía, a mi ver, pero en otro respecto, el que se relaciona con lo que tratamos, tiene su profundidad. Si no leyesen libros piadosos, de ejemplos de virtud, más que las almas decididas a emprender la vida beata, no tendría tantas ediciones el Kempis y el Año Cristiano. Bueno es que lean vidas de santos aun aquellos pobres espíritus que estén lejos del valor de obrar bien, con la debida constancia; algo les quedará; por de pronto, esa especie de música moral de las buenas acciones que halaga -102- hasta los sentidos de los débiles de voluntad, que lleva al alma cierta serenidad propicia a la buena siembra, como en el campo el tiempo tibio. Yo me declaro, sin pretensiones de humilde, inferior a ese estado estético en que La leyenda de oro puede gustar como la Iliada. Reconozco toda la verdad de lo que usted dice... pero yo no llego ahí. No seamos bruscos, trachants. Dupanloup, que me era muy simpático, me echó un jarro de agua fría diciendo en cierto prólogo para la vida de la beata de Chantal, que debe escribirse la vida de los

santos sin aderezo literario, no para producir efecto artístico, sino para ganar almas. Buen cristiano, pero mal pedagogo. En el cayado del buen pastor, la parte curva, aquella voluta preciosa, el gancho, representa el arte. Para las almas ya superiores, que no necesitan el gancho de lo bueno, en buen hora, que sobre todo lo que no sea la sublime clásica sencillez de la narración, escuela de la virtud obrando. Pero en el mundo hay más. Lo más del mundo necesita ser atraído de otra manera. Hágame usted el favor de -103- decirme que tengo razón, como yo reconocí que usted la tenía. Y en su consecuencia, envíeme libros que hablen de santos... pero de cierta manera, no con vanos adornos de trapo, de retórica nueva, como cierta vida de Cristo de un Obispo retórico e incorrecto como él solo: no, no es eso. Libros en que por arte, por erudición, renazca la vida real del santo, se le vea resplandecer en el mundo tenebroso que le rodea. Yo sé que hay libros de esos. Vengan. Su amiga dócil, -ELISENA.

- IV -

Querida Elisena: Puedo transigir con tus deseos de que se te prepare el camino de La leyenda de oro con libros para ti de una cómoda lectura, gracias a que las letras hoy nos ofrecen lo que tú pides, sin perjuicio de lo que yo te recomiendo. Empezando por la de Jesús, la vida de los santos se escribe ahora, por algunos historiadores artistas, de manera que, sin degenerar en romántica, narración fantástica, con más o menos preciosos -104- cosméticos de retórica, junta al rigor histórico, más escrupuloso que nunca, atractivos semejantes a los que pueden ofrecer esas novelas noblemente realistas, de estudio arqueológico, como algunas de Flaubert, por ejemplo. Contribuye a esto, no poco, el más exacto conocimiento de la vida real que se pinta, y después, cierto espíritu de racional tolerancia y simpatía humana que se nota, lo mismo en los que escriben con independencia absoluta de criterio, que en los voluntariamente sometidos al de una confesión determinada. De otro modo; el pensador libre, sabe, penetra y ama el espíritu de fe, que en cierto sentido no comparte; defiende, ante todo, lo que considera la verdad, pero no busca, con maliciosa complacencia, máculas, desencantos, motivos de duda o de censura; ni consagra su trabajo especial, su inteligencia y su corazón a héroes y heroínas morales que no le entusiasman y enamoran, siquiera sea desde un punto de vista puramente personal, no el corriente entre los fieles de aquella creencia. -105- Y el ortodoxo, sin abandonar nada de lo que sea esencial en su doctrina, sin hacer traición al credo que confiesa, hace generoso alarde de tolerancia, de análisis vigoroso y delicado, y pudiera decirse caritativo, que sabe distinguir la verdad, la bondad, la belleza, donde quiera que estén, y aunque sea a costa de separarlas de otras cosas que para él tienen áspero contacto, como son la herejía, la incredulidad, etc. No aplica el historiador liberal independiente a los asuntos cristianos y tradicionales en que se emplea,

inoportuno vocabulario de modernísimas tendencias, ni ideas ni tecnicismo que presuponen algo muy extraño a las ideas y sentimientos del tiempo y de los hombres cuya historia explica; ni el historiador creyente deja de buscar el predominio de aquellos elementos puramente naturales que a todos pueden convencer, persuadir e interesar, procurando huir también de exageraciones simbólicas, de formas de panegírico oficial que para los lectores de cierta clase, hoy muy numerosos, son petición de principio, y lo que -106- es peor, motivo de previo disgusto, causa de que se abandone la lectura. De otro modo; el sentimiento religioso común a todos, uno y otro lo cultivan; el librepensador procura esconder las uñas del análisis destructor, frías y aceradas; transige, en cuanto puede, con el entusiasmo de la fe; y el ortodoxo reconoce, en el que no lo es, al hombre, al hermano, y procura mostrarle que, aun prescindiendo del especial atractivo de gracia mística que los fieles gozan, hay en la vida natural de los santos y de las instituciones piadosas, belleza y majestad que debe seducir a todo espíritu recto, despreocupado.

Pensando en todo eso y mucho más, querida amiga, he escogido para ti algunos libros de los recientes en que verás ese equilibrado ánimo de tolerancia y transacción de que te hablo; y hallarás también la belleza austera, y con todo, graciosa de la pura historia, que para tener el encanto de la novela no necesita fantasear una realidad, sino copiar bien lo que ha existido.

Es cualidad común de muchos buenos -107- historiadores modernos, que sus narraciones y descripciones sean artísticas, parecidas a la literatura épica; no gracias a falsos discursos, disertaciones retóricas, fingidas aventuras, leyendas nada probables y otros análogos recursos, sino por el vigor y exactitud del documento, de la crítica, de la observación. Lo que es en la historia, esta virtud realista de la estética no podrá negarla nadie; aumentan el interés, la vida, el movimiento, el colorido de nuestras historias modernas, porque se parecen más que las antiguas a lo que, en efecto, sucedió en el mundo. Pues en la parte de historia que hoy se escribe con asunto religioso sucede lo mismo. Y de ello son testimonio los libros que se conocen.

Hablemos ya de ellos.

Extrañarás el asunto de algunos, que no es la vida de tal o cual bienaventurado. Con intención van esos: empieza por ellos. Para hacer boca, te recomiendo esos viajes de Bourget a través de Italia. Camina por tierra no muy trillada por viajeros vulgares, por -108- snobs y turistas de acarreo, pero bastante por santos de los mayores, por mártires muy antiguos, y además tierra en cuyos templos los pintores de veras cristianos dejaron plásticas señales de la piedad de tiempos remotos.

Lee después *La Italia mística*, de Gebarth, y *Alrededor de una tiara*, del mismo. El primero de estos libros es la *Historia animada*, elocuente, de aquel renacimiento de piedad que apareció en la Península italiana alrededor del siglo XIII, y el historiador artista nos hace conocer y amar en la intimidad de aquellos espíritus nobles a los más insignes varones de entonces, gloria del cristianismo: las dos principales figuras que te encontrarás en esa obra son San Francisco de Asís y Dante.

Alrededor de una tiara es un hermosísimo cuadro histórico y psicológico en una novela; en una de estas novelas arqueológicas que ahora vuelven a

cultivarse con esmero y cariño y por manos expertas en la historia y en el arte. Se trata aquí de un idilio en que -109- aparece la gran figura del Papa Gregorio VII, sin la falsa aureola de la apología polémica, pero con la aureola que la realidad ciñe a su persona, aureola de santidad austera, de sublime energía y no de abstracta perfección.

Más adelante pienso enviarte nada menos que la Historia de los Papas desde el fin de la Edad Media, magistral monumento histórico en que trabaja el insigne profesor católico de Innsprück, Luis Pastor, protegido en su obra por León XIII, que le ha abierto ciertos secretos de los archivos del Vaticano, y que le bendice en un breve que encabeza el libro; a pesar de que, como imparcial historiador, el sabio insigne dice verdades a todos, y no oculta los defectos, vicios y errores de sus correligionarios, por alta que sea su jerarquía en la misma Iglesia. Mas, gracias en parte a eso mismo, ¡cuánta autoridad adquieren las nobles y elocuentísimas defensas que Pastor escribe de los grandes campeones cristianos de aquellos tiempos!

También en otra remesa irá la sabia crítica que el ilustre hispanófilo Arturo Farinelli -110- ha escrito y publicado en un folleto acerca del último tomo, hasta ahora, de la historia de Pastor; tomo que trata de los Papas del Renacimiento.

Esos dos volúmenes, de lujosa pasta, con elegancia impresos, han de llamarte la atención desde luego, y comenzada su lectura, no podrás dejarla sin que llegues al fin. Ya lo ves en esas letras de oro: Santa Teresa her Life and Times. Su vida y su tiempo.

¿Autor? La simpática, piadosa y diligentísima escritora Gabriela Cunninghame Graham, entusiasta de España y que en Londres dio célebres conferencias acerca de nuestra literatura. La señora Cunninghame es alma independiente, religiosa y ejercitada en buena y liberal filosofía; pero los ortodoxos, si no son fanáticos, pueden leer sin miedo esta hermosa historia de Santa Teresa, dedicada a un canónigo de Valladolid.

La ilustre dama extranjera conoce palmo a palmo el territorio castellano, en que la vida purísima de la santa fue ejemplo perdurable de virtud y místico amor, y pocos -111- libros de este género estarán tan sólidamente fundados en información inmediata, escrupulosa y perspicaz. A este mérito añade la obra, entre muchos otros, el de una caritativa imparcialidad y el de un buen gusto piadoso que desecha, lo mismo la superchería de peligrosa devoción irreflexiva, que la crudeza de cierta fisiología, de buen grado impía, que pretende que sean equivalentes los designios de la santidad más original y misteriosa y las tristes expansiones del histerismo.

Después que hayas saboreado esas páginas en que tan a lo vivo se guardan reflejos purísimos de la mística influencia de Teresa de Jesús, pasa a deleitarte leyendo esos dos libros en rústica y en francés, en que se pinta la vida del otro gran amante de Cristo, de Francisco de Asís.

San Francisco de Asís es el santo que más atrae la atención en nuestros días, y es natural que esto suceda en tiempos cuyo problema capital es la cuestión de pobres y ricos, de la distribución de los bienes terrenales.

-112- Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo»; pero es una falsa interpretación de esta frase el creer que significa abandono, desprecio de la triste humanidad en sus luchas por el pan de cada día; todo lo

contrario: la doctrina cristiana, en su aspecto moral, tiene, en lo que más la caracteriza, el más íntimo jugo de la llamada cuestión social. Jesús, al decir que su reino no es de este mundo, abandona la coacción, el poder exterior, mecánico, político, y va a la conquista de la sociedad por el único camino seguro, por la perfección de las almas. En la cuestión social hay dos elementos: el técnico (en parte económico, en parte dependiente de otros muchos factores de progreso y dominio de la naturaleza) y el jurídico; es decir, el de la voluntad dirigida al bien, y el que depende de la mejora del espíritu.

Pues bien: en este segundo elemento, la solución cristiana es la fundamental, la seria, la ineludible. San Francisco de Asís recogió esta parte de la herencia del Maestro; el Cristo de la Edad Media es el Cristo ebionita, -113- el más auténtico. San Francisco, cual deben ser los verdaderos héroes, según Carlyle, es hombre práctico, no mero soñador; sus delirios místicos no impiden y entorpecen como en un Hamlet, el fin real, de interés positivo, externo, que persigue. San Francisco es el santo demócrata (no es exacta la palabra por lo que significa de político) por excelencia y es el santo realista-idealista por excelencia. Por eso nuestra generación está enamorada de ese santo. Mas no quiero seguir hablándote por mi cuenta del sublime menor; quiero saber lo que a ti te inspira la lectura de esas vidas del santo que te envió.

Lee primero la *Histoire de Saint François d'Assise*, par l'abbé Leon Le Monnier, curé de Saint Ferdinand-des-Thermes. Ya ves que son dos tomos, pero no son más que un trago, ¡y qué deleitoso!

Te enamorarás piadosamente del Santo y del historiador. ¡Qué modelo de pastor de almas se adivina detrás de ese estilo puro, noble, sereno, que hasta en la elocuencia va ejercitando la piedad! ¡Cuán lejos estamos -114- con el cura Le Monnier, del apologista fanático, rutinario, intransigente, pedante, ávido de polémicas, cruel con el enemigo, que impone su creencia como una especie de coacción moral; que se vale de la superstición, del miedo, de la ignorancia, de la sugestión secular por ciertas doctrinas ejercidas!

Le Monnier es un alma beata y un alma poética; la sencillez de su relato es clásica a fuerza de ser evangélica. ¡Qué bien penetra el espíritu del poeta y del santo que se llamó primero Juan Bernadone!

Todas aquellas cualidades de imparcialidad y de tolerancia, rigorismo histórico y noble realismo de que te hablaba antes, las encontrarás en la *Historia de Le Monnier*. Sabe dar a la fe lo que es de la fe, a la leyenda lo que es de la leyenda y a la verdad siempre lo suyo.

Mucho anhelo leer lo que tú sientes y piensas del San Francisco de Le Monnier y del Le Monnier de San Francisco. Tal vez le des el premio extraordinario.

-115-

Pero digas tú lo que quieras, en estos últimos años es Pablo Sabatier quien se lleva la palma entre los historiadores del héroe cristiano de Asís.

Pablo Sabatier no es teólogo, ni ganas, según él mismo dice, en carta con que mucho me honro; es alma independiente, pensador original, historiador muy documentado, escrupuloso como erudito, liberal y de noble latitudinarismo en cuanto filósofo y artista. A su *Vida de San Francisco*

acompaña larga y eruditísima disertación crítica en que se examinan las fuentes de la literatura franciscana con todo el rigor técnico necesario. Tal vez para ti sea esta parte menos luminosa que lo demás de la admirable biografía; pero debes reconocer que la historia, según hoy se hila, no puede prescindir de este examen concienzudo.

El mismo Sabatier acaba de publicar, como apéndice a su libro, un folleto que se titula *Un nouveau chapitre de la vie de Saint Francois d'Asise*. Lleva este epígrafe:

«O mío fratello, o bel fratello, o amor -116- fratello, fammi un castello che non abbia pietra e ferro. O bel fratello, fammi una cittade che non abbia pietra e legame».

Estas palabras de Egidio, el dulce místico, el discípulo bien amado de San Francisco, encierran un símbolo profundísimo en su sentido, de la espiritual construcción de los menores. Castillo y ciudad sin hierro ni piedra ni madera es la Iglesia para las almas grandes que han sabido ver en ella su idealidad pura, y no un vulgar cuerpo de carácter político...

Pero repito que no quiero hablar todavía de estas cosas. Antes, vengan tus impresiones respecto de los libros que te envió, particularmente de los de Le Monnier y Sabatier.

En cuanto al folleto muy reciente del que ahora te hablaba, te diré que no puedo enviártelo porque no es mío el ejemplar que tengo. De su muy hermoso contenido te hablaré en otra carta cuando conteste a la tuya, que con ansia espera tu buen amigo, -ELÍSEO.

-117-

- V -

Querida Elisena: ¿Quiere decirse que he de acceder yo siempre a tus antojos y tú no has de hacer caso de los míos? Ahora te niegas a explicarme tus impresiones después de la lectura de esos libros que te he enviado, y exiges que cuanto antes te dé cuenta, en resumen, de este folleto de Sabatier, que no puedo regalarte. Sea. Pero la palabra es palabra. Más adelante, cuando hayas pensado ordenadamente todas esas cosas de religión, de caridad, que ahora dices que te llenan la cabeza en montón confuso, me escribirás largo y tendido. ¿Quedamos en eso? Pues, ahora cumplo yo tu capricho.

Recordarás aquel interesante momento de la historia de los Menores en que un grupo de mendigos a las puertas del palacio pontifical de Letrán solicitan, en vano, hablar con el Papa, el gran Inocencio III; pues aquellos pobres hombres, con los cuales estaba San Francisco, seis años después eran asombro de -118- la Iglesia por sus virtudes y por la multitud de adeptos que, con la elocuencia de la caridad, de la humilde pobreza, habían reunido.

Tan rápidos progresos, que constan ya en el célebre libro llamado *Fioretti*, no merecieron crédito a los mismos Bolandistas, que encuentran inverosímil el número de hermanos ganados tan pronto para la obra de San Francisco. Papini, apasionado en contra, afirma que no serían cinco mil,

sino quinientos, aquellos imitadores de Cristo.

Mas tales dudas y negaciones quedan deshechas por un interesante documento publicado, primero por el marqués de Saint-Geuvis y reproducido por R. Rœrich. Se trata de una carta de Santiago de Vitry, que llegó a Perusa el mismo día de la muerte de Inocencio III, y vio la elección de Honorio III. Uno de los muchos motivos por que son dignos de compasión los fanáticos es la ceguedad que les impide ser justos con los adversarios y ver las grandezas cuando son del enemigo.

Inocencio III, para muchos librepensadores -119- de escalera abajo, no es más que el representante de la tiranía pontificia, de la política teocrática. El mismo Leconte de Lisle, gran poeta, a mi ver, pero espíritu poco flexible, en una hermosa poesía en que Cristo se aparece a Inocencio III (podrás leerla en la Revue des Deux Mondes), pinta al Papa como defensor del cristianismo, sí, pero por medios que Jesús no aprueba. Inocencio III y Gregorio VII han sido injustamente maltratados, estudiados superficialmente por muchos historiadores vulgares, de un progresismo plebeyo, injusto y limitadísimo.

Digan lo que quieran, Inocencio III anhelaba elevar el corazón del sacerdote a la dignidad de su misión, reintegrar el cuerpo aparente, visible, de la Iglesia al alma cristiana, que es la ciencia principal de la congregación de los fieles. El Concilio de Letrán fue un sursum corda, un esfuerzo de piedad, de entusiasmo, para conseguir la deseada reforma que tanto necesitaba la cristiandad de entonces. El Papa era el espíritu de aquella gran asamblea; por sugestión -120- suya, le seguían todos en el entusiasmo místico. Inocencio, con palabras de Cristo, les expresaba su íntimo anhelo: Desidero desideravi manducare vobis cum hoc pascha. Se acercaba la muerte. El poder temporal parecíale al juez defensor de este baluarte de la Iglesia militante deleznable, insuficiente; no bastaba reinar por el poderío: había que llegar al imperio de la humildad, de la caridad, de la resignación, del dolor. Inocencio III quería en estas supremas horas ser el primero, por la paciencia, por el sufrimiento. Su misión, más alta, parecíale que comenzaba entonces; quería reconciliar a Pisa y a Génova y preparar la cruzada acordada por el Concilio... Dios no le dejó llegar a esta tierra prometida. QUAQUAM DESIDEREM IN CARNE PERMANERE donec consummetur opus inceptum, veruntamen non mea, sed Dei voluntas fiat. Así habla Inocencio en un sermón al Concilio. Palabras sublimes que pueden ser el compendio de la vida religiosa, que ni se precipita en las últimas consecuencias del ascetismo, ni otorga a la vida individual -121- terreno, más valor del que tiene. IN CARNE PERMANERE; donec consummetur opus inceptum. Ahí tienes, Elisena, el por qué legítimo del buen deseo de vivir: estar ligado a la carne, mientras, por medio de ella, podemos hacer algo útil en el mundo. A través de tantos siglos y de ideas bien diferentes, se dan la mano este propósito del Santo Pontífice de la Edad Media y el concepto de la vocación del verdadero filósofo, que un moderno pensador expresaba hace pocos días (en la revista francesa de Metafísica y moral: La actitud filosófica), reconociendo que la vida orgánica, según él, de armonía, nos obligaba a ver en nosotros mismos como lo esencial, lo no egoísta, el lazo del ser que misteriosamente nos une en dependencia y subordinación con lo fundamental, pero sin que debiéramos desdeñar, y aun combatir, como el asceta, toda dicha terrenal, de la que

gozamos por los sentidos; porque, como estamos condicionados aun en lo moral, en lo que llamamos espiritual, por el mundo exterior, de este y sus medios necesitamos y debemos -122- utilizarlos, siempre con un aprecio secundario, sin olvidar su carácter deleznable. Es decir, de otro modo: IN CARNE PERMANERE donec consummetur opus inceptum. ¡Quiera Dios, Elisena, que este criterio me guíe siempre en el libre apego a la vida que conservo! Déjeme el Señor, mientras los míos me necesiten (ya que no tengo cura de almas). IN CARNE PERMANERE...

Pero Dios tuvo otra voluntad respecto de su siervo Inocencio, y este falleció en Perusa, adonde, por aquellos días, había acudido también San Francisco.

Y llegaba a tiempo; la corte pontificia, los familiares del grande hombre, que moría dejando colmados de bienes a sus servidores (circa familiares suos liberalissimus extitit, comferendo illis beneficia et honores) abandonaban el cadáver, que ya no les ofrecía jugo crematístico, a las irreverencias de lacayos desvergonzados. Parece que era la costumbre. El siervo de los siervos de Dios quedaba abandonado como un perro, peor que el mendigo más miserable. No lo digo yo, ni lo -123- dice Sabatier: lo dice el Hermano Mansueto: Dixit etiam dictus frater Mansuetus, quod nullus mendicus, ne dicam nullus homo, miserabilius et vilius moritur quam papa quicumque.

De esta manera murieron Honorio III, Gregorio IX, Inocencio IV. «In obito suo (el de Inocencio IV) omnes familiares sui deseruerunt eum PROETER FRATRES menores». A la muerte de Inocencio IV le abandonaron todos sus familiares, pero no los hermanos menores. Et similiter papam Gregorium, et Honorium, et Inocentium (III) in cujus obito FUIT præsentialiter S.

Franciscus. San Francisco presenció la muerte de Inocencio III, abandonado de los suyos, tratado después de muerto, peor que el último mendigo. ¡Qué cosas, Elisena, habrán pasado por el alma del ebionita, del pobre entre los pobres, viendo el cadáver de un Vicario de Cristo en aquella humillación suprema! ¿Serían ideas amargas, sentimientos de desesperación, de odio a la humanidad sacrílega, ingrata...? ¡No lo creas! Perdonar, siempre perdonar; amar, siempre amar. Esos miserables, esas piaras -124- sacrílegas nunca saben lo que se hacen. Por mucho que descendan, nunca dejan de ser hijos de Dios. Y en cuanto al aspecto de humillación póstuma que le ofrecía el sucesor de Cristo, ¿qué había de pensar y sentir San Francisco, sino que aquel abandono, aquella pobreza, aquel escarnio eran apoteosis, rumbo celeste, entierro cristiano de un discípulo de Jesús? No; estos grandes héroes como Carlyle decía, no se detienen jamás a maldecir la pequeñez humana; no pierden el tiempo en despreciarla; tal como es la saben amar y desvivirse por mejorarla un poco, poco que sea. El muerto al hoyo. Inocencio ya está en el cielo; su lugar en la tierra lo ocupa Honorio III, y a él se dirige San Francisco, sublime inteligente, que siempre acude a los pies del Pontífice a pedirle gollerías para la salvación de las almas.

Francisco sabía que el Papa nuevo era de los suyos. Había dado a los hombres todo lo que tenía. Con hombres así le era fácil entenderse.

-125-

«Santo Padre -decía el santo sin empacho-, para una iglesia vuestra que he reparado, en honra de la Virgen, madre de Cristo, pido a vuestra santidad

una indulgencia sin oblación».

¡Sin oblación! Es decir, sin que costara dinero. Sólo un santo podía tener la audacia de pedir semejante cosa, allí, en aquel tiempo, en aquella corte donde había más canonistas financieros que cristianos, como los pedía en Letrán Inocencio III.

El pobre viejo Honorio, que lo había dado todo, no se atrevía a pedir a sus colegas que prescindiesen de lo más mínimo. ¡Sin oblación!

¡Indulgencias de balde...! Mucho pedir era, y aquellos señores...

-Y, vamos a ver, ¿de cuántos años ha de ser la indulgencia? -pregunta el Pontífice, que empieza ya a transigir.

-Santísimo Padre, no son años lo que pido; son almas.

-¿Y qué quieres decir con eso?

-Santísimo Padre, lo que yo quiero, si vuestra santidad lo permite, es que todos los -126- que acudan a aquella iglesia contritos y confesos y absueltos, obtengan el perdón de todos sus pecados, en los cielos y en la tierra, desde el día del bautismo hasta la hora de entrar en mi iglesia...

-Eso que pides no suele concederlo la curia romana...

-Señor, no lo pido yo; lo pide, por mi conducto, Nuestro Señor Jesucristo...

-Bueno; pues... te otorgo esa indulgencia.

Y el santo se salió con la suya. Que no era poca cosa. Él, que todo lo daba, todo lo pedía...

El perdón de todos en la tierra y en el cielo...

Y se volvió a su Porciúncula y... se celebró la gran fiesta, y la gracia del cielo llovía sobre los fieles que acudían en tropel a escuchar el himno sublime, semejante al de Salomón, que San Francisco dedicó a la gloria de su templo...

Si algún día, Elisena, me escribes hablándome de lo que te parece San Francisco, -127- acaso yo te conteste comentando esta su profunda política santa, que se apoya siempre en la autoridad exterior, en el Pontífice, en la ortodoxia, en la Iglesia docente, exterior, para hacer que corra por el mundo de los sentidos un destello, a lo menos, de la íntima bondad cristiana, de conciencia espiritual, inefable, invisible.

¡Cuánto hay que decir de la necesidad, trátese de individuos o de sociedades, de atender, para bien del alma, al mundo natural de los sentidos!... DONEC CONSUMMETUR opus inceptus... in carne permanere! Esto es lo que olvidan los grandes idealistas del anarquismo filosófico; mientras permanezcamos en la carne, hacen falta gobiernos, jerarquías, dominaciones. Bien lo vio San Francisco. -Tuyo, ELISENO.

-[128]- -129-

El arte de leer

No me refiero al arte de leer en voz alta para los demás, ni siquiera al de leer para sí. No hablo del arte de cómo se ha de leer, sino del arte de lo que se ha de leer.

Libros como el de Legouvé y otros, pueden servir de guía a los que quieran

leer bien en público. En efecto, como se ha observado ya muchas veces, son pocas las personas que saben leer para que otros los oigan; y es que se descuida por completo el arte de esta habilidad, como el de tantas otras. Así, por ejemplo: a los catedráticos se les exigen pruebas, más o menos seguras, -130- de suficiencia académica, pero nada que demuestre que han estudiado el arte de enseñar.

En muchos órdenes de la actividad se prescinde del arte correspondiente. Esto sucede respecto del asunto de que quiero decir algo, muy poco, en comparación de lo mucho que se pudiera hablar de tan grave materia pedagógica.

Más importante que saber cómo se ha de leer, es reflexionar acerca de lo que se ha de leer.

¿Qué se ha de leer? Pensarán algunos: todo. El saber no ocupa lugar.

¡Oh!, sí. El saber ocupa lugar. Además, *ars longa vita brevis*, no hay más remedio que escoger, aunque sólo fuera porque no hay tiempo de leerlo todo. Pero, además, hay otros medios de selección. Hay que preferir lo mejor; y lo mejor, ya lo es en absoluto, ya por causas subjetivas, por razón de oportunidad. Hay que desechar lo malo, que puede serlo para todos, por sí mismo, o en relación a las condiciones del que leyere.

Cuando nos falta la experiencia, allá en -131- los primeros años de la juventud, y sentimos el acicate de la curiosidad universal y los impulsos de la vanidad pedantesca, y creemos, porque por lo pronto nos sobra vida, que la muerte es peligro remotísimo; nos lanzamos ávidos de ideas, emociones, noticias, a leerlo todo; sin orden, sin miedo, como el glotón devora sin acordarse de la condición flaca del estómago, sin pensar en la estrechez de los intestinos, sino en las anchuras de la gula.

¡Qué oportuna sería en tales momentos una sabia dirección que nos señalase lo que debíamos escoger para alimento de esta curiosidad, en sí generosa, pero llena de peligros!

Pero suele faltar toda vigilancia entonces. El padre que ve que su hijo lee mucho, se da por muy satisfecho, porque se compara con los que tienen hijos holgazanes que no quieren leer.

Se toma por carácter del mérito del trabajo el hecho material de la lectura. La irreflexión se deja engañar por la falta de lógica.

-132-

¿Dónde está el saber que no aprendemos por la viva voz o por la práctica?

En los libros, en la lectura. Luego el que lee está consultando con la sabiduría. Funesto paralogsismo. El saber está en la lectura, pero es una especie, no el género; la necedad, la inmoralidad y otras cosas malas también escriben. Mientras no conste más sino que se lee, no se sabe si se hace algo útil; hay que ver la especie de lectura.

La mayor parte de los lectores no tienen más guía en esto que la casualidad. Leen lo que se presenta.

El lector malo, el lector desordenado, se distingue del que sabe cuánto importa escoger la lectura y leer en sazón, por multitud de signos.

Esos que leen en la cama para dormirse y leen cualquier cosa... son malos lectores. Vale más dormir y meditar que leer el libro que, por casualidad, está sobre la mesilla de noche.

En nuestro tiempo, más que antes, importa escoger por lo muchísimo que se publica, -133- por el arte de escribir, que va adquiriendo el vulgo de

la literatura y de las ciencias, y por la falsa democracia del elogio de la crítica superficial y sin escrúpulos.

Por eso hoy, más que nunca también, hace labor meritísima el que se consagra a la policía literaria, y señala lo bueno y lo mediano y lo malo, y procura descrédito para lo que no merece ser leído.

Ya que falta selección en el lector, bueno es suplir, en parte, esta falta con las advertencias de la crítica concienzuda.

Hasta ahora lo más de lo poco que se ha hecho para separar lecturas de lecturas lo debemos a preocupaciones morales y religiosas. Goethe, en su *Dichtung und Wahrheit*, nos pinta la extraña impresión que le produjo en su juventud el espectáculo de ver quemar públicamente una edición de cierto libro. Sin duda, en ese acto hay algo que parece repugnante: la violencia, la coacción que supone, el medio que se emplea, son, en efecto, poco agradables. Además, nos recuerdan hechos de barbarie y de fanatismo que tuvieron la -134- misma forma. Pero prescindamos de la hoguera: es indudable que no todos los libros son para todos, y que hay infinitos libros que no deben ser para nadie.

La libertad del pensamiento, de la prensa, etc., nada tiene que ver con que un padre de familia, v. gr., ejerza en su casa la previa censura para las lecturas de su familia. Y téngase en cuenta que no es sólo por motivos de moralidad y de fe por lo que debe desecharse tal o cual libro. Lo necio, lo insípido, lo adocenado, lo gárrulo debe proscribirse también. Y, además, una buena economía exige escoger, y dejar lo aceptable por lo mejor; en igualdad de circunstancias preferir lo conciso a lo prolijo. El criterio relativo tiene que estar aplicándose constantemente, y muchas veces habrá que dejar a un lado libros que no por eso se condenan en ningún sentido, ni moral ni literario, pero que no son útiles por circunstancias del lector o en competencia con otros preferibles.

-135-

Es claro que no cabe señalar en absoluto reglas de preferencia, de selección, porque esto depende de las condiciones del lector; verbigracia, de la edad, del sexo, de la clase social, del oficio, de las aptitudes, etc., etcétera. Pero sí, se puede indicar algo respecto de ciertos estados y circunstancias que abarcan a muchas personas. Por ejemplo, se puede decir la clase de selección que conviene al hombre de cultura general, que no pretende ser sabio, pero sí, cultiva algún arte que exige ciertos conocimientos de lo principal que ha producido el ingenio humano. Se puede advertir cuáles son los peligros de la falta de selección en el erudito, y los males que a sí propio y a los demás puede causar si se entrega a la bibliomanía. Después, y con la base de ciertas reglas generales, puede entrarse en el estudio especial en que cabe la aplicación a lo particular, según su índole.

Pero esto ya sería objeto de todo un tratado.

-136-

Muchas veces se ha preguntado cuáles son los libros que deben leerse, y hasta se suele suponer el caso de que no se disponga más que de cien libros.

Y aquí del riguroso orden numérico en que, cada autor, según sus

aficiones, sus circunstancias, su religión, su patria, etcétera, etc., va dándonos la lista de los libros que deben preferirse.

Estimo ocioso y aun perjudicial semejante cómputo por varias razones.

Ante todo, no debe admitirse la hipótesis de no leerse más que cien libros. Toda persona medianamente ilustrada debe leer muchos más.

Son paradojas, salidas de gusto falso frases como aquellas: «Bastan la Biblia y el libro de cocina»; «con el Kempis y el Quijote hay bastante», y otras por el estilo. No; no hay en el mundo cierta media docena de libros que puedan suplir a los demás.

En esa lista de los cien autores siempre se notan omisiones imperdonables.

Además, el orden de importancia de la lectura de -137- estas o las otras obras varía indefinidamente, según el lector de que se trate.

Nadie ha hecho una relación de estas sin imponer dogmáticamente preferencias subjetivas.

De modo que ni los libros que leerse deben son ciento, sino muchos más, ni cabe señalar con precisión autores ni orden de prelación.

Lo que sí debe aconsejarse a todo el que pretende ser espíritu cultivado es que no olvide por la lectura de muchas obras de segundo o tercer orden, para satisfacer la vanidad de conocer lo que conocen pocos, la lectura de los grandes hombres que han escrito libros y de los libros buenos que traten, mejor que otros, de las grandes cosas.

Si va mucho de lo vivo a lo pintado, va más todavía de la lectura directa, íntegra de los grandes autores, poetas, filósofos, historiadores, etc., etc., a conocerlos por lo que otros han dicho de ellos.

Homero vale mucho más que sus comentaristas. La filosofía de Platón y la belleza de -138- su forma no se conocen leyendo al mejor expositor de la filosofía platónica. Hay que conocer al monstruo siempre que se pueda.

A Dios gracias, la posteridad, en general, ha solido acertar al consagrar a los grandes hombres de las letras y de la filosofía.

Una gratísima experiencia me ha hecho siempre pensar, después de conocer directamente a un Homero, a un Platón, a un Shakspeare: Era verdad; esto vale lo que la fama ha dicho... y más acaso.

Es un consuelo, un gran consuelo, en medio de tantos engaños como trae la vida, que este criterio tradicional -en conjunto anónimo- que reparte la justicia de la gloria, sea casi infalible; es decir, que puede equivocarse, pero que nunca se haya equivocado. Tal vez hay en la Historia algún nombre obscurecido que merecía brillar; pero todos los grandes

genios que brillan, consagrados por la posteridad, lo merecen.

Y son la mejor compañía. Procurad, en cuanto podáis, el trato constante de los genios. Es claro que en lo que se refiere a la -139- especialidad que se cultiva, los grandes autores no bastan; hay que conocer muchas cosas que sólo han tratado hombres de segundo orden. Pero en lo demás, en todas las humanidades que debemos conocer, pero que no es de nuestro oficio estudiar especialmente, mantengámonos siempre en la compañía de los más altos. No nos haremos por esto grandes hombres, pero el alma ganará mucho en ese ambiente.

Esta regla tan racional la siguen muy pocos, por motivos análogos a los que nos llevan a pasar la mayor parte de la vida ocupados en asuntos secundarios, temporales, dejando muy poco tiempo a la actividad del alma que más nos importa, a la que es más íntima en ella.

Un libro y muchos se podrían escribir haciendo ver cuánto progresa y mejora el espíritu con el trato constante de los héroes según el sentido que da Carlyle a la palabra. Para conseguir esto hay que sacrificar muchas cosas. La vanidad del erudito, del pedante, por lo pronto.

-140-

Los grandes autores quitan el deseo de conocer a los de género inferior; atraen la atención... la aprisionan, y pensando, pensando en ellos, se va el tiempo.

Y el erudito, el que ha de asombrar al mundo con la multitud de datos, fuentes, citas... necesita detenerse menos con los pocos menores para poder hablar de los muchos medianos.

Renuncia a que le llamen sabio, sobre todo en estos días en que tanto se sabe de pormenores, de medianías, de hechos menudos, el que se pasa la vida leyendo, saboreando las obras del genio.

Los eruditos no suelen leer así. También la experiencia nos hace ver que por abarcar mucho no han podido sacarle todo el jugo que tienen a los mejores libros.

Lo peor es que siguen a los eruditos los aficionados, y todos van dando gran importancia a lo mucho; se quiere conocer a multitud de todos los géneros, y la prisa trae el expediente de la bibliografía, que hoy cuenta con excelentes aparatos para convertir a -141- cualquier curioso, en pocos años, en un índice de la biblioteca de Alejandría.

Además, ayuda mucho el psittacismo crítico; es decir, la opinión sugerida por la crítica tradicional. La mayor parte de los autores célebres ya están juzgados de mano maestra; se repite en otra forma, ese juicio... y a otra multitud.

Hay que huir de ese atomismo.

Pero también es un extremo vicioso el que simboliza el *vir unius libri*. El hombre de un solo libro es temible en unas oposiciones de esas en que los jueces premian la retentiva. Al vulgo le deslumbra el hombre capaz de repetir un libro entero de memoria. ¡Apenas caben fechas, nombres propios, hechos, citas, en un libro! Al populacho de las letras le parece una enciclopedia viviente el varón *unius libri*. Los gacetilleros suelen reservar para él este epíteto: sabio.

El hombre de pocos libros (que no hay que confundir con el hombre de los libros -142- mejores) suele ser víctima del *misoneísmo*. Desprecia lo nuevo, y particularmente lo extranjero.

Esto de leer poco de lo extranjero, y ese poco atrasado, es vicio muy general en España. Yo he conocido profesores aplicados, hombres amigos de leer, que no ponían la menor diligencia en adquirir libros y revistas extranjeras. Para ellos como si el correo no pasara las fronteras. Se enteraban de la penúltima novedad cuando se dignaba traducirla mal cualquier revista indígena.

No falta quien escribe defendiendo este aislamiento.

El tema es inagotable, pero los artículos deben tener fin.

Yo mismo no sé dónde ni cuándo he de tratar con más orden o detenimiento del arte de escoger la lectura.

Es asunto de mucho interés. El lector que lee cualquier cosa tiene la

culpa de que haga el escritor que escribe cualquier cosa.

-143-

No necesito decir que este artículo es un rasgo de abnegación; porque al predicar que se escoja la lectura de lo mejor, vengo a pedir que no se me lea.

Pero me queda la esperanza de que no se me haga caso... y de seguir pasando por donde pasan otros que tampoco merecen ser leídos.

-[144]- -145-

Cartas a Hamlet
Revista de ideas

- I -

Todavía nos preguntamos, Señor, después de tantos siglos, las mismas cosas que te hacían pensar despierto y parecer distraído a los ojos de... los ciegos y palaciegos que te rodeaban, haciéndote más intensa la soledad de pensamiento en que vivías. ¿Por qué hablan solos pensadores y filósofos? Por eso: porque no hay con quien tratar. Por eso hablabas solo tú; por eso tu mejor filosofía está en un monólogo. Sin contar con que los diálogos suelen ser monólogos también cuando habla un hombre con un loro humano.

-146- Sin ofender a los interlocutores de Sócrates sea dicho, en los diálogos socráticos de Platón, muchas veces, a pesar de tanto personaje y tanta conversación, a quien se escucha es sólo a Sócrates...

Como decía, todavía filosofamos. Poco y pocos. Leibnitz, un gran gastrónomo de ese café del espíritu que se llama la especulación pura, la libre metafísica, nos aconseja que no dediquemos cada día a la reflexión filosófica sino muy poco tiempo. Hoy siguen el consejo demasiado fielmente acaso, aun aquellos que son más asiduos en esa labor de hacer telarañas de ideas, que el vulgo no se explica: porque esas telarañas no sirven para cazar moscas. Hoy hemos abusado un poco de la teoría moral que quiere que el pensador, el sabio, el filósofo, el poeta, sean hombres como los demás, y se distraigan, se diviertan, pierdan el tiempo -y con él, a veces, el alma- para ser humanos, para aprender también en el gran libro de la vida.

De tanto leer en el gran libro de la vida se resiente no poco la ciencia filosófica contemporánea. El pensador -147- que frecuenta el café desea poder llevar al café una filosofía que puedan comprender los demás parroquianos. De aquí la necesidad de una filosofía fácil que se entienda pronto. Peligro inmenso, porque con el solo hecho de necesitar ir al café, quedan fuera de concurso muchas filosofías.

Como hasta los pensadores tienen tantas cosas que hacer, se piensa poco. No hay tiempo. Si Kant no hubiera dispuesto de mucho más tiempo que

nosotros, no hubiera tenido tiempo para probar, o poco menos, que el tiempo no existía fuera de nosotros. Hoy nadie duda del tiempo, porque no lo hay para demostrar que no lo hay.

Se piensa poco. Y piensan pocos. Aunque hay muchos librepensadores que defienden con tesón su derecho de pensar, no lo hacen por el huevo, sino por el fuero; es decir, no lo hacen para aprovechar su derecho, sino para que conste que le tienen. Se defiende la libertad de pensar... y de no pensar. Para los más es puro acto de abnegación, altruismo esa defensa; son capaces de dar su sangre -148- porque piensen libremente... los que tengan esa manía. Podría hacerse una estadística que sería enternecedora; esta: la de los buenos liberales que han muerto o padecido por la libertad de pensar en España, comparados con los contadísimos españoles para quienes ha servido prácticamente el derecho ganado con tan hermosa conquista.

Pero una cosa es pensar y otra afirmar, negar o tener sus dudas. La democracia para muchos consiste en el milagro de tener una opinión acerca de las cosas sin haber pensado en ellas. ¿Qué diríamos de un niño holgazán que en vez de estudiar la lección se entretuviese en cazar las moscas, que no caza la araña filósofa, y que al día siguiente, al preguntarle el maestro, contestara: «No sé la lección... dudo de ella?».

Pues esto hacen y dicen muchos de nuestros contemporáneos: «Los tiempos son de duda» -se oye por todas partes-; la duda es una enfermedad del siglo, y hasta se toma a gracia la duda, y el que duda se cree en -149- estado interesante, y casi romántico y poético, como la Dama de las Camelias. Los poetas cantan sus dudas, que en muchos de ellos es como cantar su ignorancia y su holgazanería.

«Nos mata el análisis»; esta es la síntesis a que llegan de golpe muchos que en su vida han analizado nada.

Si oyéramos a ciertos fisiólogos y médicos imaginarios que quieren hacer del hombre contemporáneo el enfermo a palos, la gente se cae a pedazos por el exceso de inteligencia, por demasiado ahondar en las ideas que analiza excesivamente.

Pura calumnia; los vicios, la excitación sensual, no diré que no maten a medio mundo: pero que las generaciones se vayan haciendo enclenques de tanto filosofar, es pura cavilación de quien tampoco ha analizado mucho, aunque se crea otra cosa.

Hay, Hamlet, ahora una filosofía, que se llama el positivismo, que tiene el inconveniente de que se enamoren de ella casi todos los boticarios y médicos de partido, y la multitud -150- de aficionados que filosofan como los comisionistas, de sobremesa.

Es de ayer y ya llena el mundo. Y aunque en ciertas regiones de la vida intelectual ya no soplan buenos vientos para tal sistema, o mejor tendencia, de escalera abajo su imperio es indisputable. Pues bien; este positivismo ha puesto de moda el desprecio de la metafísica, ha relegado a los ensueños de la edad teológica el ergotismo escolástico, ha materializado la especulación, ha metido las ideas y las categorías en sendos frascos de farmacia... y, en suma, ha acostumbrado a la gente a no reflexionar, a no ahondar en las cuestiones, a no descomponer los juicios ni examinar los conceptos; y con motivo de no hacer metafísica la mayor parte de esos filósofos tan claros y llenos de hechos, sientan

afirmaciones gratuitas, peticiones de principio, toman actos de voluntad por conocimientos positivos, arbitrarios ukases de autoridad por intuiciones irrefutables, y resulta de todo esto que, tal vez, a pesar de tanto como se ha vulgarizado la instrucción, -151- jamás, en época de cultura regular, ha habido menos personas con el hábito de pensar profundamente, con original arranque e independencia.

La filosofía verdadera goza hoy de un descrédito a que no había llegado nunca. Ya casi nadie quiere llamarse filósofo. En nuestro país, particularmente, la literatura filosófica es casi nula. Se escriben novelas, dramas, poesías líricas, cuentos, libros técnicos, etcétera, etc.; pero ninguna de esas obras en que la filosofía es arte se hace popular, interesa a todos. Aficionados de las letras que tienen regulares conocimientos de literatura amena, patria y extranjera, que algo saben de historia, de ciencia, de política, etc., etc., ignoran de un modo fabuloso las materias filosóficas. Está en la atmósfera esta ignorancia.

Pero ello no quita que cualquiera, hoy más que nunca, se atreva a sentar conclusiones categóricas acerca de los más graves problemas metafísicos; y esto se hace así, como al descuido, de pasada, incidentalmente, -152- en cualquier ocasión, describiendo una sesión del Ayuntamiento, o un estreno, o un baile. Dar de hecho de que de tejas arriba no puede saberse nada; o que la ciencia moderna ha hecho bancarrota; o que el hombre actual ha renunciado a las hermosas ilusiones de las edades creyentes; o que toda filosofía es inútil; o que el idealismo ha muerto; o que ya nadie cree en el alma, etcétera, etc., es cosa corriente, y cada cual escribe estas afirmaciones o negaciones terminantes, absolutas, sin darse cuenta de lo que hace, creyendo ser modesto. No falta quien estudia con gran escrúpulo los pormenores más insignificantes de un hecho histórico, de una noticia cualquiera, para marchar sobre seguro o estar bien informado al hablar o escribir; y ese mismo no repara en resolver en medio renglón el problema capital de la ciencia, sin pensar siquiera lo que hace repitiendo una frase hecha del positivismo callejero; v. gr., diciendo así: Como toda ciencia seria se funda en la experiencia sensible; o, como ya no hay crédito para la -153- metafísica; como el mundo de lo fundamental es incomprensible, etc., etc.; es decir, que llamamos matar la metafísica a improvisarla.

Y lo peor no es esto. Como tan desacreditada está la filosofía, y la literatura que ha de ser popular, no quiere nada con ella, sucede que sólo consiguen a veces llamar algo la atención los pensadores extravagantes y extremos, como el desgraciado alemán de Zaratustra, Nietzsche, cuyo sistema (?) de repugnante aristocracia intelectual poco faltó para que anduviera por las cajas de cerillas. Schopenhauer debe su popularidad relativa, no a lo que tal vez haya de fuerte y profundo en su sistema, sino a sus célebres salidas pesimistas. Max Nordau, una adocenada medianía, se ha hecho célebre por decir que todo es mentira, y que casi todos, menos él, están locos. Lombroso, maestro de Max Nordau, que hoy reniega de su discípulo porque este exagera, se hizo conocer gracias a análogas exageraciones. Y en tanto, la filosofía metódica, racional, ordenada, solidaria de la historia del pensamiento, no -154- tiene quien la presente al público; porque esas vulgaridades que hoy hablan de un fusil nuevo, o de una bailarina célebre, o de un escándalo

internacional, o de un poeta vicioso, o de un rey suicida, o del sistema hidroterápico de un clérigo, o de la filosofía desdeñosa y cruel de Nietzsche, nada tienen que decir de los filósofos regulares, difíciles de entender, prudentes en sus teorías.

La consecuencia es que el gran público, medianamente enterado de novedades literarias, económicas, sociales, científicas, políticas, militares, etc., de las filosóficas sólo conoce lo peor: la extravagancia, el artificio, el exceso, la comedia y la locura.

Pues bien, Hamlet: yo quisiera empezar a contribuir, en el humilde alcance de mis fuerzas, a contrarrestar estos males, y entre otros recursos he ideado estas cartas a una sombra poética y filosófica, a un soñador engendrado por otro soñador, a uno de esos mitos ya eternos, convertidos para la humanidad en idea fija. Sí, Hamlet; tú eres una idea poética, una larva ideal que ya no olvidarán -155- los hombres y la figura simbólica más adecuada para que yo te dirija estas cartas de filosofía popular, en que hablo contigo y hablo con todos los que ordinariamente no leen filosofía.

En cuanto a lo de escogerte a ti, Hamlet, como corresponsal simbólico, recuerda lo que, según Shakspeare, fuiste en este mundo y lo que fuiste, según la interpretación que de tus cantos nos dieron Goethe, Schlegel y otros. Tenías un propósito culminante: vengar a tu padre; un interés personal, de actividad ordinaria, mundana, que exige facultades, recursos, mañas de las que suelen poseer los hombres que no piensan, pero hacen. ¡Raza terrible y poderosa! Pero tu espíritu de mariposa socrática te llevaba a volar de fenómeno en fenómeno, preguntándole al mundo su secreto, siempre abstraído en tu venganza, desmayado en los medios de conseguirla, desviado de tu camino por las ideas, siguiendo las ondulaciones del interrogante de tus dudas. Eras un pensador poeta; no eras un hombre de acción; estabas -156- perdido. Pero... dispénsame que te lo diga, eras un pensador... aficionado. Está por demostrar si es mejor ser filósofo sistemático que filósofo esporádico, fragmentario, de ocasión. Renan ha censurado levemente a Cousin, porque hizo a muchos jóvenes de su tiempo tomar el diletantismo platónico, delicioso y profundo, pero no científico, como un sistema vigoroso; pero no falta quien encuentre menos expuesto filosofar como Platón, o el mismo Renan, que encerrarse en la fortaleza aislada de un sistema, provisto de todo el armamento de las hipótesis exclusiva y vigorosamente técnicas.

El que se mete por los Diálogos adelante va confiado, porque, ni un momento, volviendo la cabeza, deja de ver detrás de sí la entrada, que puede ser, si quiere, la salida; pero en las encrucijadas de casamatas, bastiones, fosos, trincheras, etc., etc., del criticismo, del positivismo de Comte, de la evolución spenceriana, del idealismo hegeliano, ¿quién una vez allí emboscado encuentra la salida? Por eso, entre un sistema (que no sea -157- el de la absoluta certeza) y una filosofía... de guerrillas, es acaso preferible esta última, desde el punto de vista de la independencia personal.

Pero una cosa es eso y otra el filosofar demasiado aleatorio, sin propedéutica, o sea preparación y aclimatación intelectual, sin constancia ordenada, sin tradición de sabiduría, sin instrumentos auxiliares. Y tú, Hamlet, por culpa de tu edad, de tu siglo, de tu país, de tu alcurnia, de

tus parientes, de tu educación, de tu... tragedia, eras pensador de esta última clase; demasiado poco informado de lo histórico, de lo académico, de lo metódico... aunque eras lince, y en facultades no adquiridas pocos te aventajaron. Sea como quiera, mis noticias que van indirectamente a los lectores más distraídos, menos preparados con estudios de filosofía, no te ofenderán por lo conocidas ni por la forma llana y clarísima, y aun trivial con que te las dé; pues, ni tú en este mundo tuviste tiempo ni ocasión de aprender ciertos tecnicismos, ni en tus días existían muchas de las cosas -158- de que tengo que hablarte, ni se usaban los términos filosóficos que hoy se usan. De modo que, aunque pensador, por tus condiciones particulares se te debe hablar como a todos aquellos que no suelen parar mientes en la filosofía, y a los cuales, precisamente yo quiero dirigirme por los motivos tantas veces señalados.

Y sin más preámbulo te anuncio que el próximo asunto de mis cartas será, como conviene, una cuestión general, lo que se ha llamado espíritu nuevo, y también de reacción idealista, y hasta el neocristianismo y el neomisticismo, como si todos estos términos no significaran cosas diferentes. En esta confusión de los nombres hay ya indicios de la vaguedad e inexactitud de los conceptos. Sí; se confunden y mezclan muchas cosas. Como yo, desde ahora te lo declaro, me intereso en favor, no sin reservas, del actual movimiento, quiero fijar bien sus condiciones, porque por muchos se empequeñece el alcance de estas tendencias y se quiere achacar ciertos defectos de alguna parte, al conjunto -159- de tan considerable crisis de la vida intelectual contemporánea. Y hasta la primera.

- II -

En mi primera carta hay una contradicción que creo aparente, y empiezo procurando demostrar esa apariencia. Hablaba de los peligros de una filosofía de café, que para hacerse entender fácilmente, para ser clara ante el vulgo, rehuye las hondas especulaciones y se contenta con el criterio de los sentidos infalibles, sin más que la ayuda de una ciencia relativa, geométrica, que responde del orden de los fenómenos, en su representación, por supuesto, pero que nada quiere saber del fundamento de la realidad, bastándole con la seguridad empírica, dogmática, de que esa realidad, en cuanto a su presencia fenomenal, es como la vemos.

Y habrá quien me diga: -Pues si es peligrosa filosofía fácil, que se puede entender pronto, ¿a qué vienen estas cartas en que pretendes hablar de filosofía a los que no -160- suelen pensar en ella? ¿Eres partidario de una filosofía literaria, retórica, de salón como la que preparó en Francia la mina revolucionaria? ¿Pretendes en brevísimos artículos, sin más aparato que cierto orden en las cláusulas y alguna concisión, explicar profundidades de la reflexión, sugerir en el pensamiento ajeno la complicada urdimbre de ideas necesaria para trabajar con fruto en estas cuestiones?

No; muy otro es mi objeto. No pretende el que da cuenta del movimiento artístico en pintura y en música, por ejemplo, convertir a los lectores en críticos ni enterarlos de los difíciles tratados del contrapunto o de la perspectiva. Mi propósito no pasa de procurar que los mismos que tienen manera de enterarse de las novedades de la vida política, científica, artística, etc., etc., la tengan de saber algo de lo que ocurre en la moderna vida del pensamiento filosófico sin aspirar a convertirse en filósofos; como tampoco se hacen, por aquellas otras noticias, ni hombres de Estado, ni sabios, ni críticos. -161- A lo sumo, desearé que mis revistas de ideas sirvan de estímulo a los aficionados, para buscar en otra parte el necesario complemento de mis ligeros apuntes. Y si alguna vez me detengo a discurrir por cuenta propia, que sí lo haré, siempre será tratando asuntos que puedan ser explicados y comprendidos sin más preparaciones. Creo que la contradicción queda deshecha. Nadie más convencido que yo de que los estudios filosóficos no se improvisan; pero estas revistas no son para propaganda de una escuela, de un sistema, sino pura noticia, comentario sin pretensiones de proselitismo, aunque también sin ocultar mis preferencias y sus motivos. La convicción que yo deseo que el lector adquiera, si no la tiene, leyendo mis cartas, es esta: que es conveniente, tal vez necesario, estudiar filosofía; pero que no basta para ello la lectura de cosa tan ligera como estos artículos.

-162-

Una de las preocupaciones vulgares que más urge combatir, a mi entender, es la opinión, que se va generalizando, que tiende a ver en las nuevas corrientes del pensamiento una moda pasajera, principalmente literaria, y debida en lo esencial al afán de novedades y contrastes de cierta parte de la juventud literaria francesa. Conste que entro en estas consideraciones porque me dirijo a los que supongo poco enterados de estas materias; pues a quien lee y piensa algo con cierta constancia y diligencia no hay que decirle que tiene mucha más importancia que todo eso el movimiento de que se trata.

Cierto es que la juventud artística, que a sí propia dio en llamarse decadentista (los inventores del mote ya peinan canas a estas horas), vino a parar por huir de extremados realismos y positivismos, en idealidades simbólicas, en vaguedades más o menos místicas, en elucubraciones teosóficas, y a veces, en una clara reacción anticientífica, y en ocasiones escéptica. Pero todo esto, lejos de ser el origen del renacimiento idealista, si así -163- interinamente quiere llamarse, no es más que una de las manifestaciones de una gran tendencia mucho más importante, más extendida y más compleja, y, por cierto, una de las manifestaciones menos puras, menos trascendentales.

Sin embargo, para hacer justicia a todos, hay que apresurarse a distinguir dentro de esa misma literatura, llamada, en general, decadente, lo bueno de lo malo, lo sincero de lo falso, lo serio de lo burlesco, la verdad de la farsa y el talento de la tontería.

Como hemos de tener ocasión de notar muchas veces, en ese idealismo complejo y de cien matices de la modernísima literatura francesa, hay elementos muy dignos de ser tenidos en cuenta, estudiados y relacionados

con otras manifestaciones filosóficas, religiosas, sociales, etc., etc. El que quiera juzgar por lo que pasa en las letras españolas, particularmente las que proceden de nuestra juventud, no podrá entender bien este íntimo enlace de los versos, las novelas, las comedias y la crítica de los franceses jóvenes -164- con la religión y aun la teología, con la metafísica, la filosofía, el idealismo, el positivismo, el socialismo, etc., etc. Entre nosotros la literatura suele ser cosa enteramente aparte; muchos literatos no son, ni quieren ser, filósofos, ni arqueólogos, ni filólogos, ni sociólogos, ni teólogos, ni cosa así; en Francia la juventud piensa hoy de otra manera.

Yo no digo ahora quién va por mejor camino, sino lo que pasa; y añadido que, en nuestro país, por culpa de la escasa educación intelectual que padecemos, no está, fuera de algunas excepciones, la literatura de la mocedad bien preparada para meterse en ciertas profundidades. En Francia no todos saben, ni mucho menos, lo que convendría para que no hubiera desproporción entre las pretensiones de transcendencia y los medios de instrucción que hacen al caso; ya hace años que Julio Lemaitre, el popular crítico, hoy académico, refiriéndose a ciertos cenáculos de literatos jóvenes y revolucionarios en sentido simbólico, después de alabar su -165- talento, lamentaba su ignorancia, la de ellos, que consideraba fabulosa.

Pero hay de todo: hay una parte muy numerosa de la juventud intelectual francesa que merece, así como suena, el nombre de sabia; y aunque los más de esos jóvenes no se consagran a las puras letras como artistas, todavía son muchos los que cultivan como vocación la literatura-arte, y llevan a ella un caudal muy considerable de estudios serios, de reflexión personal y honda; algunos de los literatos llamados normalieris, son ejemplo, pero sólo ejemplo, de esta clase de escritores eruditos.

Pues bien; para los de estas condiciones, es natural que la literatura necesite reflejar y refleja el estado predominante del pensamiento y de las aspiraciones morales en el mundo culto, en el de los hombres ilustrados y reflexivos.

Sería erróneo pensar que esos literatos franceses jóvenes, pensadores serios, eruditos y sabios, algunos, han influido en la filosofía actual, hasta el punto de que ya no pasa -166- por anticuado el que hable de un renacimiento de la metafísica. No son ellos los que han creado o inspirado el idealismo ruso, ni el prerrafaelismo inglés, ni la influencia de Carlyle, ni la restauración de la Psicología introspectiva, desacreditada por Kant y por Comte, ni los profundos estudios analíticos de muchos filósofos nuevos que someten a rigurosa y sutil crítica el neokantismo, el positivismo y la evolución spenceriana, y remueven la cuestión de la unidad, del objeto y el sujeto que los positivistas de escalera abajo califican con desprecio de escolástica y anticuada; no, no son los literatos los que hacen pensar otra vez en los grandes maestros idealistas, desde Sócrates a Hegel; no son los literatos los que hacen que se renueve el estudio comparado de las religiones con más erudición y mejor crítica que nunca, y con mayor imparcialidad y más profundas miras que pueden encontrarse, por ejemplo, en ciertos popularísimos manuales de sociología y antropología, hace doce o quince años muy leídos y celebrados, aunque -167- eran esos libros en tal asunto prosaicas

reproducciones de los poéticos ensueños materialistas de Lucrecio. Ni son tampoco los literatos de París, por mucho que valgan y sepan, los que han traído este anhelo general de idealidad, este respeto y estudio reflexivo del sagrado misterio, que llega al pueblo, a la masa de las iglesias docentes, y empeña a todos con sublime tolerancia en el esfuerzo común de salvar las grandes creencias racionales, flor del progreso humano, ensayando en asambleas, como la religiosa de Chicago, los futuros pactos de la concordia ideal de los pueblos.

Es todo lo contrario; es que los artistas sinceros, nobles, leales a la verdad, que han visto esta corriente general, que han estudiado el nuevo movimiento en todas esas y otras muchas manifestaciones, han llevado también a las letras, por impulso natural, semejante criterio, inspiración análoga.

Cuando hace veinte años el naturalismo artístico, según lo entendieron los más y los -168- principales entonces, pretendía adquirir sólidas bases científicas, al amparo del positivismo, a nadie se le ocurrió pensar que los libros de Littré, de Claudio Bernard, de Taine, de Hæckel, se inspirasen en la literatura realista de mediados del siglo. Sucedió todo lo contrario. Pues lo mismo pasa ahora.

Exageraciones siempre las hay; pruritos malsanos nunca faltan. Los ignorantes, de poca fibra moral y pensamiento vulgar y ligero, es claro que caen en la afectación, el fingimiento, la manera, las extravagancias, y provocan el hastío, la desconfianza, la reacción que busca el equilibrio. Pero ¡qué tienen que ver con esas locuras o necesidades pasajeras, con esas frívolas novedades de un día, cosas tan serias como las que supone este anhelo universal que en música, en pintura, en poesía, en la novela, en la crítica, en la filosofía, en la religión, en la misma política, busca en todas partes la eficacia de las hondas causas misteriosas, no con sentimentalismos trasnochados, no con teosofías y ciencias ocultas, sino con filosofía cada vez más -169- sutil y prudente, con crítica cada vez más escrupulosa, huyendo del hombre abstracto, del intelectualismo, para emplear como buzo de esa realidad sumergida en lo desconocido, al hombre entero, con su corazón, su vida estética, sus revelaciones morales, sus tendencias de fuerza social hereditaria; el hombre, en fin, que echaba de menos un positivista, Taine, en la estatua de Condillac, modelo de muchos fisiologismos contemporáneos! Y no es lo peor que se quiera ver la genuina representación del espíritu nuevo en cenáculos literarios, declarados tales o no, de jóvenes aturdidos y vanidosos, más o menos listos; el peligro de esta confusión no es grande, pues fácilmente se advierte que nada o poco tienen que ver con toda una tendencia general de la civilización las futuras obras maestras de los 141 jóvenes literatos franceses que nos prometen ser las notabilidades de mañana ¿Qué mediano pensador confundirá jamás el jugo estético y social del romanticismo francés con el chaleco rojo y las melenas de Teófilo Gauthier?

-170-

Lo peor es que literatos muy serios, muy instruidos, a lo menos en humanidades, y de espíritu sutil, pero estrecho, reaccionario y pesimista en el fondo, también pretenden llevar la voz cantante en estas novedades neoidealistas; y así se ven cosas tan tristes como la célebre y casi

escandalosa campaña de Mr. Brunetière, el crítico de la Revue de Deux Mondes, contra las ciencias modernas. Con más fuerza todavía que a los neomísticos decadentes hay que rechazar, en cuanto pretendidos apóstoles de lo que nace, a esos literatos maduros, reaccionarios con barniz de modernismo técnico, que hablan de la bancarrota de la ciencia con muy sospechosa sensiblería, empleando de mala manera el razonamiento para calumniar a la razón, imitando a Pascal, no en lo grande, sino en lo enfermizo y subjetivo.

Si hombres como Brunetière hubieran de ser los evangelistas de la nueva predicación, casi preferiría yo irme tras Mr. Berthelot, que si tiene algo de Mr. Homais, el boticario de Mme. Bovary, es al cabo un gran químico -171- y bueno, por lo menos para echárselo, como se le echó a Mr. Brunetière; para que, cada cual a su modo, ambos, muy lejos de lo actual, disputen con las antiguas armas acerca de dos cosas tan viejas como son el espíritu reaccionario y el positivismo, que con el mandil laboratorio se pone a dar cátedra de filosofía. Lejos de unos y otros, del químico positivista Berthelot y del humanista reaccionario Brunetière, veamos nosotros algo de lo mucho verdaderamente nuevo y fecundo, que demuestra cómo es cosa muy importante y general, no un artículo de París, la tendencia actual filosófica, cuya idea capital a mi ver es esta: que sean las que sean (y aún no se han estudiado bien) las dificultades que el hombre de hoy puede encontrar para el estudio y racional culto del misterio original, estos inconvenientes de método, de doctrina de la ciencia, como diría Fichte, no le quitan al objeto de ese estudio, de dificultad... X, la importancia que tienen, la capital en la vida. Lo que hoy se piensa, a mi ver, no es que se ha descubierto ya el camino de lo metafísico, sino esto otro: que no se puede seguir por otro camino.

El espíritu nuevo (en las puras regiones de la reflexión filosófica) no consiste en pretender haber descubierto que se puede saber lo que tampoco el positivismo sabía si se puede saber o no. Lo que el espíritu nuevo cree haber descubierto es que no se puede vivir bien sin pensar en eso. Lo metafísico es, por lo menos, un postulado práctico de la necesidad racional.

Y para otra ocasión queda el empezar a indicar algunas de las más caracterizadas manifestaciones de esta gran pasión de la idealidad moderna... que no hay que confundir con las salidas de Peladán, y las misas diabólicas y otras quisicosas de que ya se ríen hasta los corresponsales parisienses de los periódicos más populares.

El teatro en barbecho

Sabido es que, en agricultura, el descanso de la tierra, el barbecho, es cosa ya muy desacreditada y que hoy se prefiere la rotación de cosechas, que se consigue con mucho abono, mucho trabajo, mucho celo.

En literatura tal vez pudiera suceder lo mismo en pueblos de mucha

cultura, de interna y variada vida intelectual, de gran laboriosidad psicológica; pero en aquellos en que el ingenio nacional, a duras penas, con paso tardo, va trazando un surco, como el buey de que habla Iriarte, no hay más remedio que atenerse al sistema antiguo de labranza... estética y admitir el barbecho, -174- como ya admitía, con alegre resignación, el Sr. Valera, hace muchos años.

Al excesivo esquilmo de la tierra, cuando esta no cuenta con medios de inmediata y abundante reparación, es preferible el descanso, el barbecho. Y, a juzgar por las señas, en barbecho va a quedar dentro de poco el teatro español, el serio, el de alto vuelo, el que dignamente puede representar la gloriosa tradición; que no tiene su abolengo, ciertamente, en sainetes y entremeses. Nadie más amigo que yo del género chico, cuando este es substancioso, espontáneo, ameno y decente; y así he visto con placer que un ilustre crítico, pocos días ha, le hiciera, con grandes elogios, la justicia que merece. Creo más; que en la actualidad, acaso lo más español, lo más original, fresco y divertido de nuestra escena lo producen los autores de sainetes recitados o cantados. Pero, aunque así sea, fuera exageración contraproducente el sostener que con sainetes, tonadillas y entremeses se conserva el fuego sagrado del arte dramático -175- castellano. Por mucha importancia que demos a los entremeses de Cervantes y a los sainetes de D. Ramón de la Cruz, hay que confesar que no alude nadie a eso, ni en España ni fuera, cuando en todo el mundo se habla del glorioso teatro español.

Hecha esta salvedad, bien puedo repetir que el teatro castellano nos amenaza con ir quedando en barbecho.

¿Es que está la tierra cansada de dar flores, como dijo el poeta? No. Es que esos mismos que no quieren novedades, están cansados de no ver nada nuevo. Es que los autores repugnan, confiésenlo o no, presentarse al público como candidatos a la diputación, con la necesidad de ganar amigos, tener contenta a la crítica chica (que no vale lo que el género chico del teatro), halagar el gusto y las preocupaciones del vulgo y luchar con la empresa del teatro en que se estrena, y con las empresas de los demás teatros, con los cómicos de casa y los cómicos de fuera.

-176-

La cuestión de los estrenos ha tomado un carácter aleatorio, que convierte al autor en un aficionado de los juegos de azar, y los que más temen al público y más le siguen el humor son los que, en el fondo, peor opinión tienen de su juicio y de su penetración; por lo cual, llegan a un estreno como un recluta a un sorteo, hasta con las supersticiones de los que viven fiados de la suerte. Hay quien espera un buen éxito, una vez sí y otra no; algunos se resisten a estrenar en martes o en noche de lluvia. Y todo esto se explica cuando los más altos sólo piensan en el éxito y el éxito se reconoce que no depende de nada racional y estético, sino de instintos, golpes de la sangre, cábalas, intrigas, vicisitudes fortuitas y hasta buena o mala sombra.

Sucede aquí, aun entre personas serias y hasta ilustradas en esta materia, lo que no pasó nunca en ningún país de gran cultura literaria: que nadie se atreve a contradecir la sentencia del primer tribunal de un drama; y, aun reconociendo la injusticia del fallo, se atienen todos al resultado

material; y -177- el poco afortunado queda para todos, aunque tenga mérito, al mismo nivel del inexperto.

La crítica, que si para algo sirve es para guiar, para encauzar el gusto, para procurar los cambios necesarios en sentido racional y oportuno, aquí es la primera cortesana de S. M. el vulgo; y el dogma, falso como él solo, en que se funda esta flaqueza, esta cobardía, es este: que en literatura dramática no hay más ley que la de agradar al público, sea el que sea y opine lo que opine.

De este marasmo, que necesariamente tiene que nacer del quietismo estético que semejante principio origina, viene el hastío del público, que ve que siempre se le da lo mismo; hastío semejante al del déspota, que se cansa de ver siempre su voluntad cumplida servilmente. Los autores se quejan de lo difícil que se pone el público de día en día; no falta quien, con optimismo ridículo, ve en esto progresos del gusto general, de la cultura popular; siendo así que el público rechaza las obras, no porque tenga ya un -178- ideal superior, sino porque la repetición mecánica de lo conocido y admitido le aburre.

Tenemos, aunque poquísimos, dramaturgos de mérito indudable, y no necesito yo hacer protestas de lo mucho que admiro a estos señores; pero valga la verdad, a los más buenos les perjudica en el arte de las tablas lo que tiene de oficio la vida entre bastidores; son poco valientes, poco desinteresados.

Se cansan pronto de luchar y buscan componendas. Y Apolo les castiga con los propios dones del ingenio que les ha otorgado; porque cuando ellos quieren seguir el gusto del público, ser mediocres, adocenados, de brocha gorda, caen en el amaneramiento de la vulgaridad; y las verdaderas medianías, los autores del vulgo, les sacan ventaja, dan mejor en el clavo; son pedestres con más naturalidad.

Así ha podido verse repetido ejemplo de que hayan vencido ante la diosa Taquilla, literatos de ciento en boca, hábiles maquinistas, a verdaderos artistas, hombres de -179- sentimiento y de ideales. Sea remordimiento, despecho por estas vergonzosas derrotas, cansancio de la vida de cortesano del rey pópulo, ello es que los autores se desalientan, y si por el pan nuestro de cada día siguen trabajando, es con creciente desmayo, poniendo escaso vigor, aun en ese híbrido empeño de hacer una especie de arte constitucional, que pretende unir la verdad poética con el efectismo y las tretas de la tramoya anticuada y falsa.

Y más vale que los buenos no den con la receta con que, hoy uno, mañana otro, aciertan los adocenados de tarde en tarde.

Entre los muchos triunfos falsos de nuestra escena contemporánea, los que más me han afligido han sido aquellos en que un buen autor vencía por cultivar los recursos de mala ley, por abdicar y ¡hasta imitar! a cualquier medianía.

Sí; por este lado, más vale el barbecho. Si los poetas buenos han de preferir en la escena vencer por transigir, a luchar siguiendo la ley de la propia inspiración, mejor es que -180- se desanimen, que descansen, que dejen el teatro para barbecho.

También aparecen retraídos los que obtuvieron premios gordos en la lotería vieja, los hábiles de antaño, los efectistas de la redondilla de acero y

tente tieso, los reformistas sociales en tres actos y en verso.

Están desorientados; ven que ya no seducen al público con anatemas en quintillas, con monólogos lacónicos y esculturales, con sátiras crudísimas de vicios que no existen en el país en que los suponen, con tesis filosóficas... sin filosofía, con problemas de pacotilla y atrevimientos meramente retóricos.

A los que vienen con esos resortes gastados se les rechaza. ¿Por qué?
¿Porque el público haya afinado la puntería?

No; porque ya se les aplaudió años y años; porque eso era lo vulgar, lo adocenado, lo corriente... hace tres lustros. Pasó la moda, y la moda es el sucedáneo de la ley estética en los dominios del instinto ciego y del -181- mal gusto. Si los hábiles de ahora insisten mucho en sus crímenes célebres, en sus puñaladas por celos, en sus robos y asesinatos por fuerza de sangre, y otras matanzas por el estilo, ya se verá cómo también, y pronto, los morenos se cansan de tantas y tantas imitaciones en serio de La verbena de la Paloma.

Verdad es que, por ahora, todavía el público que lee en los entreactos la sección de crímenes sonados no quiere ideas, no quiere honduras, no quiere psicologías; quiere acción y sangre joven; es decir: un mozo crudo, protagonista, o una moza virago, que peguen puñaladas. Pero esto pasará; tal vez ya va pasando, y el sistema se anticuará, como el de los quintilleros de tesis y paradojas.

Ya lo ven los explotadores del género, y, como sus dignos predecesores, se tientan la ropa, empiezan a retraerse. Es decir, barbecho y más barbecho. Y lo que es el de estas dos clases de arte (?)... muchos años dure.

-182-

Para concluir: ojalá sea un buen síntoma la escasez de promesas, la falta de anuncios ruidosos de estrenos y más estrenos.

Veremos si el silencio engendra algo.

Suele hacerlo; pues la reflexión, el estudio, la vida interior intensa son gente de pocas palabras.

En teatro cerrado no entran moscas.

Que callen los malos siempre es bueno; que callen los buenos puede ser lo mejor, si este silencio lo emplean en estudiarse a sí propios, en olvidar el positivismo de los bastidores y recordar las condiciones naturales del propio ingenio, las necesidades del tiempo nuevo, las eternas grandezas del ideal artístico.

-183-

Roma y Rama

Roma es... una reciente novela de Zola; Rama es... el héroe del Ramayana, el gran poema indio atribuido a Valmiki, la muy poética epopeya oriental que leen pocos y debieran leer todos.

Esta es mi tesis: que damos a nuestras lecturas a lo contemporáneo una supremacía injusta, irracional por lo exagerada. Natural es que, en libros como en todo, más atendamos a lo presente que a lo pasado; pero no tan desproporcionadamente como suele hacerse. Señal de que esta desproporción

no es conforme a la buena educación intelectual, se ve en esto: en que está en razón -184- inversa de la cultura, el gusto, la elevación del espíritu del lector; es decir, los sabios, los verdaderos literatos, los hombres de talento y cultura superiores no nos ofrecen en sus lecturas esta grandísima diferencia entre las de libros antiguos y las de libros modernos, que es general en el vulgo de los lectores. El verdadero hombre de letras, de vida espiritual cultivada, sabe que lo histórico en literatura no es tan inferior a lo actual como lo muerto a lo vivo. De la conquista de las Galias por César nada queda; pero los Comentarios tienen hoy un valor estético, sin contar con otros, positivo, presente, eficaz, vivo. El libro viejo no es la momia del libro; es un aparecido, un resucitado. Lo pasado en el libro tiene algo de eterno; sale del tiempo; deja de ser pretérito; tiene algo del presente a su manera, tendrá algo de lo futuro. Cuando el libro viejo es obra maestra de arte, su carácter eterno se acentúa.

Los que vean arrugas, caducidad, en la *Ilíada*, en Shakespeare, en el *Ramayana*, -185- serán como esos que creen tener motivos para notar que el sol se va volviendo viejo.

Roma, de Zola, y el poema de Rama, comparados en este respecto de la juventud, de la frescura, nos dejarán esta impresión: Roma es obra de vejez, de cansancio, de desengaño frío; el *Ramayana* es todo juventud, alegría, entusiasmo, fe en esa misma Naturaleza que Zola quiere cantar como un perfecto discípulo de Lucrecio, y describe y considera a través del temperamento y de las ideas de un naturalista... de raza, de herencia, de medio social profundamente cristiano.

De la naturaleza de Zola, a pesar de sus frases sacramentales de epicurista, fisiólatra, no nos fiamos: *latet anguis in herba*; sin filosofías, sin culto reflexivo a la abstracción metafísica llamada naturaleza, Valmiki nos presenta un mundo exterior amable, seductor, de encanto, de vida fácil y sin terribles misterios, alegre, rozagante.

Lo mejor de Roma es su elemento reflexivo, la intención, las ideas que el autor quiere deducir. Exige el fruto de este libro para ser saboreado, esfuerzo, atención, análisis, como las lecciones del anciano cargado de fría experiencia. El poema de Rama, aunque puede servir de tema para profundidades metafísicas, estéticas, etc., es lectura de encanto inmediato, de placer, que entra por los ojos y hasta se diría por los oídos, y hasta por el tacto y el olfato... Es sensual, no por idea preconcebida, sino por su naturaleza, como lo es la juventud, como lo era, a su modo, el misticismo de San Francisco, alma de juventud perpetua. No hace falta reflexionar, ni comparar, ni saber muchas cosas de antemano, para gozar, si no de todo el jugo, del más precioso y fresco jugo del *Ramayana*.

Para leer con provecho la Roma, de Zola, hay que saber no poco de arqueología, historia, ciencia de religiones, sociología, etcétera, etc. Tal vez hay el riesgo de que sabiendo un poco más de lo preciso de esas cosas, el libro de Zola guste menos. En cambio, en el *Ramayana*, cuanto más aptos seamos para imaginar vivo lo pintado, para ver, oír, gustar, oler y palpar las cosas que se nos indican con los versos, más gozaremos con la lectura de tan lozana epopeya.

Y a pesar de todo esto, el *Ramayana*, vulgarizado ya (de intención) por la

traducción francesa de Fauche desde 1864, no ha llegado ¡ni llegará tal vez!, en esta forma asequible a todos, atractiva, ni a la segunda edición. ¡Probablemente serán muy pocos los cientos de ejemplares vendidos! Y después hay que descontar los ejemplares que se compran... pero no se leen. La vanidad del pedante, erudito a la violeta, y la sabiduría oficial, ministerial, son los consumidores principales de estos ejemplares condenados a vivir intonsos en virginidad perpetua. ¡Qué pocas docenas de ejemplares del Ramayana, se puede decir, habrán tenido lectores capaces de empezar por la descripción de la gran ciudad de Ayodhyâ, para acabar con aquello de «Los que en este mundo escuchen este poema, que compuso el mismo Valmiki, adquieren -188- toda la gracia, todos los dones objeto de sus deseos y a medida de su deseo!».

La Roma de Zola, libro triste, a la larga, estará ya a estas horas en el millar... ciento y pico. ¡Qué diferencia! ¡Y qué injusta, qué irracional diferencia!

¿Será que el Ramayana es... muy largo...? ¡Como el Mahabharata tiene tantos y tantos versos! No; el Ramayana no es muy largo. Comparemos: la Roma de Zola tiene 751 páginas de lectura muy compacta. Las páginas, de mucho menos lectura, de la traducción del Ramayana, por Fauche, suman entre ambos tomos, 712; menos que Roma.

Tal vez la lectura de Roma canse a muchos, críticos inclusive; pero como no sean enemigos de Zola, no lo confesarán. En cuanto al Ramayana, un periodista español, por lo común discreto, declaraba no ha mucho que él no había leído la epopeya india -y lo decía sin empacho-, pero que algunos - fragmentos que habían pasado ante su vista le habían parecido muy pesados.

Declaración por declaración, tanto vale una como otra, y ahí va la mía: Yo he leído el Ramayana en cuatro o cinco días, en el campo, entre árboles, oyendo las esquilas del ganado, en santa paz, gozando del olor del heno tendido en los prados, del olor de la madre selva y de otros, que el campo, en mi tierra, difunde con graciosa abundancia por el ambiente puro y que esparcen brisas que halagan el sentido, con delicia que puede ser casta. (Porque no olvidemos que, según Homero, la madre de los caballos del carro de Aquiles fue fecundada por Céfito.)

El Ramayana, en las circunstancias, en el medio en que yo lo leí hace años, es una de las lecturas más agradables que recuerdo. Y, por vía de digresión oportuna, óigase este consejo: procurad cierta armonía entre los libros de arte y el lugar en que hayan de leerse. Leed la Odisea en una playa; que el ruido del mar acompañe la palabra divina de Homero. Leed las Geórgicas, como nos aconsejaba el inolvidable Camús, en el campo, bajo una frondosa copa de árbol clásico, contemplando las mieses, oyendo el runrum de las abejas... Leed a Shakspeare en cualquier parte; a Cervantes en lugar apetecible y soledad discreta.

El Ramayana, como yo lo leí. Era un encanto. Es lectura que hace época en la historia del espíritu. ¡Que novedad en aquella antigüedad remota! A Zola, que no sé si ha leído el Ramayana, se le puede decir. En el mundo hay más. La Naturaleza es mucho más que en esa epicúrea adoración que tú le consagras, se te revela. La Naturaleza, en el Ramayana, no es un refugio, como en Zola, del pesimismo humano; en Zola se llega a amar el

mundo exterior, físico, por misantropía, por el desengaño de la sociedad y del alma del hombre; hay algo en ese amor de protesta contra ideas, creencias, instituciones, que Zola aborrece o desprecia; ama Zola los árboles de un huerto, una fuente, las nubes, el crepúsculo, la pureza del aire, después de renegar de tal o cual forma de espiritualismo; -191- pero llevando en el fondo del ánimo una incurable herida de idealidad dualista, de intelectualismo tradicional, de que él no se da cuenta. En el Ramayana, todo es uno, pero de veras; la preocupación antropocéntrica, si aparece, no es con carácter de exclusivismo, de intransigencia; todo tiende al antropo... apenas se puede decir morfismo, porque lo que se ve no es la reducción de lo natural a símbolos de vida humana, sino la psiquis racional esparcida por todas partes, en todos los reinos. Hay ave en el Ramayana que puede compararse con el más amable personaje de Homero, Virgilio o Shakspeare; que interesa por su graciosa generosidad, como la criatura más noble de Dickens o de Manzoni.

¡Y qué decir de aquellos monos ilustres, hombres-monos que pueden igualarse en valor moral a los más acentuados caracteres de los héroes de la Iliada; el noble Hanumat sólo, vale en su nobleza por cincuenta Carlos Grandisson! Y hasta los bosques, las nubes, las aguas corrientes, tienen alma humana, -192- pero buena, inocente. El bien triunfa; y antes, en todo anuncia su victoria; no hay la angustia de un maniqueísmo, como la hay en Zola (no por culpa suya); no hay la congoja evolutiva siquiera; la concepción del Universo que preside al Ramayana es más filosófica, más alta, a mi juicio, que la idea de incertidumbre y progreso absoluto y eterno, a partir de imperfecciones caóticas. No; el concepto del mundo que el Ramayana supone, coloca el origen cosmogónico en lo perfecto, en lo divino, que no se perfecciona, que tendrá como involuciones de su bella variedad interna todas las evoluciones que pueda soñar la hipótesis, pero que es más grande que toda romántica aspiración de un ideal hegeliano de adelanto en lo absoluto. Lo absoluto no mejora. La Naturaleza en el Ramayana, dice: et nunc et semper, ahora y siempre; en Zola, a lo más, en los momentos de mayor confianza, el alma angustiada dice, como el triste cuervo: ¡cras!, ¡cras!, mañana, mañana.

Así que comparad a Roma y Ayodhyâ; Roma (la de Zola) es la triste grandeza de -193- un pecador irrevocablemente condenado, insuficiente ya; una forma que subsiste a su ánima, la tristísima ruina de una máquina ya inútil por lo imperfecta, una escoria de la evolución; la evolución, fabrica afanosa, siempre con la fiebre del vapor que late aprisionado en la cárcel que le oprime. Ayodhyâ es luz, alegría, grandeza, sin la angustia del tiempo, del cambio, del ayer inútil, del hoy que se inutiliza, del mañana incierto.

Ayodhyâ, la ciudad del Rama, no necesita ni siquiera la esperanza para ser feliz. Túrbase, es verdad, su contento; el destierro del hijo, la muerte del padre, los nobles descendientes del gran Ragu, afligen temporalmente a la capital esplendorosa; pero esta Roma de Oriente... (del mejor Oriente, el de la pura poesía) vuelve a sus fiestas, vuelve a su gloria cuando la casta Sita, al lado del esposo, pura y probada en la pureza, es rescatada del poder de los Rakshasas.

A nadie se le ocurrirá que mi objeto aquí es censurar el libro de Zola, ni comparar su mérito con obra de tan diferente índole como el poema de Valmiki. Roma no es, a mi ver, cosa tan baladí como parece querer probarnos el crítico francés Dosemic en la Revista de Ambos Mundos, tratando el libro de Zola con olímpico, o mejor, pedantesco y antipático desdén. Aun en la crítica más respetuosa y elegante del sabio historiador y exquisito artista Gebhart, encuentro menos elogios, aunque los hay, de los que Roma, a mi juicio, merece. Sin embargo, diré de pasada que esta obra de tanto ruido no es, ni con mucho, en mi opinión, de las mejores del autor de Germinal; pero esto no importa para mi objeto presente. Recuérdese lo que sostenía al principio: la injusticia con que se olvidan los buenos libros viejos por los nuevos, buenos, medianos o malos. Como ejemplo se me ocurrió la comparación de Roma y del Ramayana. Pruebe el lector (y si consigo que alguno lo haga, este artículo habrá sido útil), pruebe a leer en un medio adecuado la epopeya de -195- Rama y de Sita, donde, Romas orientales, se describen las ciudades de Ayodhyâ y de Lanka; pruebe a saborear aquella pintura de la Naturaleza encantada, donde se ve el naturalismo poético espontáneo; y acaso, acaso me agradezca el consejo y vea que es más fácil, más agradable (en pureza) tragarse las 7124 páginas del Ramayana, que todos olvidan, que las 751 de Roma que están leyendo tantos miles de consumidores. Y lo que digo del Ramayana, podría decirse con relación a muchas obras modernas, de tantas joyas del arte antiguo que sólo leen los eruditos.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo